

QUINTO

CRÓNICA DE UN SECRETO DICHO A VOCES

Un filósofo del siglo XIX (me parece que fue Soren Kierkegaard) escribía que existen tres tipos de personas: aquellas en que predomina lo religioso, aquellas en que sobresale lo ético (o lo político) y aquellas en que prevalece lo estético. En todos los individuos, aducía, aparecen los tres elementos; pero acaba por dominar uno de ellos ya sea a lo largo de una vida o en alguna de las fases en que ésta puede ser fragmentada. M., un gran amor en mi vida, se hizo poco a poco de un carácter, una personalidad, una estructura anímica en que, en general, los valores religiosos dominaban sobre los ético-políticos y los estéticos sobre los religiosos. Fue educada dentro del catolicismo; pero ya a los 17 años, cuando la conocí, había empezado a sustituir la religión dogmática, las obligaciones rituales y los padecimientos olfativos que producen los excesos de incienso, por un sentimiento numinoso hecho a imagen y semejanza de su alma inquieta e inquisitiva. Abandonó la religión familiar, pero no los temores místicos por vagos e informes espectros, fantasmas y vestiglos de todo orden. Sentía por ellos miedo y atracción, como si se hallara

al borde de un precipicio en el que se oyera, allá en las profundidades, un maléfico y aterrador canto de sirena. Cuando logró que sus padres le asignaran, para ella sola, un cuarto al fondo del jardín, pintado todo de negro, tuvo el ámbito ideal para entrar en contacto, anhelante y temblorosa, con sus fantasmagorías. Mi pluma, ni tarda ni perezosa, comentó así lo descrito:

Cuando la conocí ella creía

aún en los espectros

y en sus cuerpos formados con las células

del temor que en su torno van creando.

Poseía un reloj que se paraba

en punto de las doce,

conjugando en eterno

de indicativo el miedo producido.

Tenía un cuarto negro (en la confianza

de poder maniobrar a sus antojos

la rectángula aurora de la puerta)

para que, a la negrura acostumbrándose,
lograra al fin cortar
a las garras nocturnas su armamento.

Aunque estaba su fe desarrapada
de Dios, se hallaba aún
vestida del harapo de un fantasma;
creía, a pies juntillas, en demonios
y espíritus, fragmentos y jirones
de un Dios descuartizado.

Era politeísta.

Al estallar su iglesia en mil pedazos
se le volvieron ídolos las piedras.

Pero M. acabó por encarnar más el elemento estético que el religioso. Se dedicó inicialmente con ahínco, con pasión, con vocación de sílfide, a la danza moderna. No fue, sin embargo, fiel a sus proyectos, entusiastas e “irrenunciables”, de la adolescencia y, tras de cambiar el baile por el matrimonio, acabó

por encerrar a la pobre Terpsícore en otro cuarto oscuro ubicado ahora en el hondón de su ánimo. Guiada por maestros como Bernabé Navarro y otros, se las tuvo que ver con Horacio y Virgilio, Cicerón, Catulo, Lucrecio, Quintiliano y tantos más. Su tesis para optar el grado de maestra en letras clásicas versó sobre los escritos latinos de la monja Egeria, que le valieron el aplauso unánime de los miembros del jurado. A partir de entonces, principió su doble carrera de maestra (vocación a la cual ha dedicado muchos años) e infatigable lectora. Y no sólo eso. Durante años, con perseverancia y delectación, con gran conciencia del *metier* y con un evidente espíritu autocrítico, se dedicó. Como una araña que fuera elaborando la más fina de sus telas, a escribir una novela que, según me he enterado, ya está en las manos de los editores.

Mónica era asaz celosa de su identidad y autonomía. Siempre se hallaba en guardia contra todo el que desease desviarla de los designios o proyectos existenciales tomados en la última alcoba de su fuero interno. Yo representaba, así, un peligro a la vuelta del alma. Ella sentía que mis ideas, mi avalancha de inquietudes, mi entusiasmo desbordante, podían influirla, modificar sus opciones y hasta deshacer la sustancia misma de su personalidad. . Por eso, frente a la verbosidad y la imaginería que

me embargaban, se rodeó, para bien o para mal, de una coraza, de una muralla china espiritual que logró salvaguardar con eficacia su carácter inconfundible y su intimidad sobreprotegida. Esto limitó nuestra comunicación. Y no pocas veces creí advertir que mis pensamientos, mis fantasías, mis inquisiciones chocaban con un escudo a prueba de desórdenes y lucubraciones ajenas. Yo carecía entonces, en cambio, de corazas y una palabra dicha en el momento oportuno o una mirada salvada de cualquier parpadeo impertinente, podían producir terremotos en mi materia gris y transgredir en 180 grados decisiones definitivas acabadas de tomar. M. influyó, por ejemplo, en mi acercamiento inicial al marxismo –como ya lo dije- y en mi aceptación plena de él poco después. Recuerdo todavía sus palabras: “El existencialismo carece de verdadera importancia, es una moda, una filosofía que no puede responder a todas las inquietudes de una persona como tú”. Y a continuación: “Tu camino no es éste. Tu concepción de la vida no puede limitarse, lo intuyo, a una filosofía de la náusea, el vértigo y todo tipo de desgarramientos individuales. Tu derrotero no puede ser otro que el del marxismo”. Y a decir verdad, M. logró efectivamente comprender lo que se debatía al fondo de mí y supo, con un manojito de palabras adecuadas y oportunas, subvertir mis vivencias y puntos de vista de superficie y vincularme a la vocación verdadera.

Mi relación con M., con la mujer, con el eterno femenino en una de sus más misteriosas y encantadoras encarnaciones, pasó por dos etapas: en la primera predominó el nexo afectivo, sentimental, un sí es no es romántico, que caracterizaba nuestra idiosincrasia de entonces, mientras los sentidos se dedicaban al quinteto de cuerdas (“el quíntuple balar de mis sentidos”) de una música de fondo. En la segunda, nos dedicamos a hojear lentamente, paladeando la lectura a mano plena, las obras completas de la sensualidad, mientras la comunión de espíritus, nunca olvidada, pasaba a segundo plano.

Graciela, la madre de mis hijos, a quien tanto amé en una época, y que fue la mujer que inicialmente me atrajo de manera erótica, fue desplazada poco a poco en mi ánimo, de modo involuntario, por la imagen materna, tan ausente en mi vida en años clave de mi desarrollo individual. M., en cambio, llegó a mi existencia como la mujer, en el sentido cabal de la expresión, y creo que en cuanto tal no sufrió ninguna variación perceptible en los muchos años que duró nuestra relación. En el primer tomo de *Para deletrear el infinito* (1972) recojo un poemario con el título de “Crónica de un secreto dicho a voces” que describe las diferentes etapas por las que atravesó este profundo

sentimiento por una mujer. El poemario consta de cinco sonetos, de los cuales me parece que sólo tres valen la pena y tienen un tratamiento eficaz y comunicativo.

El primero, que se llama “Adán y Eva”, y que tiene como epígrafe “Y serán una sola carne”...del Génesis, corre de la siguiente manera:

Como bajas los ojos, sé que enfrente
adviertes como cae una manzana;
el sendero, al decírtela cercana
se erige en tentación y es tu serpiente.

La manzana (y tu cuerpo) con el diente
te miro desnudar, mientras se ufana
tu instinto de mujer y de gitana
por robarme lo niño astutamente.

Todos mis pensamientos, desde ahora,
tienen piel de mujer; pero, paciente,
sin vivir el reloj hora tras hora,

siento que te decides y me grita
la aceptación en medio de tu frente.
Haremos en tu cuerpo nuestra cita.

No voy a hacer un análisis de este poema, de su forma clásica y de su contenido un tanto novedoso por el empleo de metáforas y simbolismos no muy comunes. Pero sí querría destacar que en él aparece la sugerencia de que siempre un primer amor reproduce la idea, adánica y paradisiaca, del encuentro inicial del sentimiento amoroso. El poema, que es una crónica del encuentro con el primer amor, debería de haberse intitulado sólo Adán porque lleva en sus entrañas la visión masculina. En el último verso (Haremos en tu cuerpo nuestra cita) se plantea el arranque histórico de una relación afectivo-sexual de gran significación auto-biográfica.

El segundo poema, denominado “Soneto a mi locura” dice así:

La camisa de fuerza me convierte
en tormenta amainada, furia rota,
turbulencia en remanso y en derrota,
preso de medio cuerpo y media muerte.

Mortaja en que el impulso se revierte
en el arder por dentro, cuando nota
que en esta celda y traje se me acota
el salir de las manos a tenerte.

Marco en que mi demencia es domeñada,
salto desde el gruñido hasta el lenguaje,
de la guerra a la paz crucificada.

Nada puede, no obstante, la cordura:

dentro del manicomio de este traje

vivo la desnudez de mi locura.

Este texto, plagado de metáforas, es una metáfora de por sí. La locura del amor se halla encapsulada en la camisa de fuerza de las restricciones. El amor no es un sentimiento libre, sin impedimentos y obstáculos, sino, por así decirlo, un amor en situación. El momento clave del poema aparece cuando se afirma: en esta celda y traje se me acota/el salir de las manos a tenerte. Se trata, pues, de la fase conflictiva de un gran amor.

El tercer soneto, intitulado “El tren”, quizás el más débil de la serie, termina con este terceto:

Oh fábrica de ausencias sin regresos,

me obligas a medir, ya sin sus besos,

en un lecho sin fin mi soltería.

Aquí el personaje fundamental del texto, y de la realidad a la que aluden sus endecasílabos, es la ruptura con M. después de una relación intensa e inolvidable de cuatro años aproximadamente.

Me gustaría añadir:

el poema alude a la primera ruptura, ya que, años después de nuestra separación, nos reencontramos y la nueva relación, más apasionado y sensual que la primera, pero menos entrañable y romántica, tuvo una duración de casi una década.

La cuarta poesía se denomina “La veta” y comienza con la siguiente cuarteta:

Penetro en mi epidermis; el tejido
de la piel se desangra; rasgo y muerdo
hasta hallar la osamenta de un recuerdo,
el vestigio de un nombre envejecido.

Muy dado, desde entonces, a la introspección, a hurgar dentro de mí, a sacar a flote, en la medida de lo posible, lo que se ocultaba y oculta en mi interioridad, hallé, entre mis

pertenencias anímicas, “el vestigio de un nombre envejecido”. Ya que esta serie de sonetos tratan de un “secreto dicho a voces” puedo decir con franqueza que ese nombre era el de M. Y puedo decir otra cosa, sin la menor pretensión de explicarlo, que ese nombre me ha acompañado toda la vida. Aparece de manera reiterada, imprevista, sin venir al caso. La persona de M. está diluida, borrada de mi ánimo desde hace mucho tiempo; pero su nombre, por no sé qué artilugios de la dinámica psíquica, está presente y llena de mi vida en mi fuero interno. El último poema de la serie, que es encabezado con el título de Metamorfosis expresa, a manera de sinopsis, la historia de nuestro amor. Y dice sí:

Eras, dentro de mí, de carne y hueso.

Duplicada en mi ser, yo te vivía.

Negando la distancia, se podía

vivir tu boca y revivir tu beso,

Mas hube de limar barras de preso:

borrar tus manos, ojos y alegría,

desdibujar tu piel y todavía

prender fuego a las naves del regreso.

Tus hombros se esfumaron de mi mente;

tu cuerpo, diluído, se me plasma

como ausencia total bajo mi frente.

Soledad. Negra alcoba en que me interno

a la búsqueda a tientas de un fantasma

recortado al tamaño de mi infierno.

REFLEXIONES SOBRE MI PRODUCCIÓN POÉTICA.

Aunque la forma y el contenido poéticos encarnan una unidad indisoluble, como lo hace el cuerpo y el espíritu de los hombres, pueden ser examinados, por un requerimiento metodológico, separadamente. Haciéndome eco de tal exigencia, me gustaría subrayar que, en relación con los aspectos formales de la poesía, mi producción lírica ha hecho suyas, y sigue haciéndolas, las tres formas principales de versificación: el verso clásico, el verso blanco y el verso “libre”. El verso clásico –con una métrica y una rima sometidas a leyes muy precisas- hace acto de presencia en mi obra: sonetos, liras, tercetos, cuartetos, etc., campean aquí y allá, con su añejo sabor itálico, a lo largo de mi creación. El verso blanco –sin rima, pero con una métrica regular- se erige, quizás, en el recurso estilístico más reiteradamente frecuentado por mi pluma. El verso “libre” –con su sistemática recusación de la rima y de la métrica regular- aparece con alguna frecuencia en mi escritura. Un análisis más amplio de este tema aparece en mi texto Reflexiones sobre la poesía donde, a más de fijar mi postura actual sobre la corriente poeticista, hago una exposición detallada de los aspectos formales del quehacer lírico. No estoy

comprometido, como puede verse, con una de esas formas. El ideal libertario que enarbolan, en su estructuración emotiva, mi tinta, mi pluma y mi cerebro, no puede aceptar el calabozo, clásico, moderno o posmoderno, de pergeñar cuartillas en una sola dirección y bajo exigencias canónicas unilaterales. No puedo limitar mi producción poética, para poner un ejemplo, al verso “libre”, ya que tal cosa (como el dodecafonismo respecto a la música tonal) representaría el ingreso voluntario no sólo a un procedimiento distinto, sin duda renovador, sino también a una nueva cárcel. Frente al verso clásico, el verso blanco y el verso “libre”, exalto la idea y la práctica del verso personal. La idea de un verso que puede ser clásico, blanco o “libre”, o asumir cualquier combinación entre ello, modifica de golpe la relación entre el poeta y cualquier preceptiva. Ya no son ciertos cánones los que dominan al poeta, sino que es éste último el que se enseñorea sobre ellos. No en el sentido de desconocerlos o violarlos arbitrariamente, sino en el de convertirlos en el *modus operandi*, libremente elegido, de la intención significativa. El verso personal es, por eso mismo, el verso libre por antonomasia. Verso libre sin comillas. Posibilidad siempre renovada de asumir la versificación tradicional o moderna, o cualquier sincretismo inesperado, siempre y cuando ello responda a las necesidades expresivas. En consecuencia, los aspectos formales de la versificación poética no son, para mí, un

prejuicio restrictivo –en aras del cual se inmole la espontaneidad del acto creador-, sino opciones para configurar un contenido determinado en su forma pertinente.

Los aspectos formales de la poesía no se agotan, a mi entender, en los problemas de la versificación y la rima. Estos aspectos constituyen, digámoslo así, los estratos más externos de la estructura poemática. Pero hay otros estratos, carne ya del poema, que, aun siendo “esquemas” o “formas” del contenido, aun formando parte de la intimidad endógena de la escritura, no abandonan su carácter formal: me refiero a las imágenes, metáforas y todo tipo de tropos que aparecen, como elementos cohesionadores del material emotivo, en la manufactura literaria. En el proceso de mi quehacer poético, he dado libre curso a metáforas, imágenes, rescate y metamorfosis del lenguaje cotidiano, experimentación con nuevos géneros literarios (las “neuronerías”, los “cuentemas”, las “novelemas”, etc.) y con procedimientos estructurales poco frecuentes (la “poesía interior”). En lo que se refiere a las metáforas –entendiendo por tales la identificación óptica entre dos seres, fenómenos, relaciones o procesos distintos, pero semejantes, o a los que el “ojo” del poeta les descubre cierta analogía- he empleado, entre otras, tres formas de metaforización: el poema-

metáfora, los fragmentos-metáfora y las palabras-metáfora. El poema-metáfora consiste, como su nombre lo indica, en la relación comparativa e identificadora del poema, tomado en su conjunto, con un referente sugerido. Este procedimiento transforma el texto en un poema simbólico, ya que el trasfondo de todo simbolismo es una comparación insinuada entre la estructura verbal presente y la cosa o el fenómeno aludido. Quien lea con atención los poemas “Confidencias de un árbol” o “En el mercado”, incluidos en mi libro *Por los siglos de los siglos*, convendrá en que el significado de ellos se halla, por así decirlo, en el “más allá” del texto. Lo más característico de estas piezas no reside en ciertas comparaciones fragmentarias e ínsitas en el cuerpo de la escritura sino en la simbolización que se logra con el organismo semántico tomado como totalidad.

Cosa muy diferente ocurre con los fragmentos-metáfora. Son partes de un engranaje, elementos de un conjunto, adobes de un edificio espiritual. Detengámonos en algunos de ellos. Para no poner sino botones de muestra tomados de Para deletrear el infinito, transcribiré los siguientes:

En punto de las doce,

un ponche, bien caliente, se diría
la mirada de Dios a la mitad
de la angustia.

Para poder cargarlo
en una sola pata,
liviano debe ser
el sueño del flamenco.

Cuando cumpla la luz
su mayoría de edad en el deslumbramiento.

Aborreces al que se halla

despierto a las altas horas de la envidia.

Tu deseo por mí

entre tus prendas íntimas descubro.

Cada vez que se encierra a un inocente

deja Dios de existir más todavía.

La modalidad más sintética que puede asumir la metaforización son las palabras-metáfora. Cuando hablo de jorobarrios, hurtacas, vastodontes, asconetes, floriposas, chispiérnagas o gruñigres, el vocablo condensa una unificación comparativa mediante la cual no es difícil descubrir que dichas palabras aluden, respectivamente, a los dromedarios, las urracas, los

mastodontes, los tlaconetes, las mariposas, las luciérnagas y los tigres. He escrito por lo menos dos poemas en los que predominan las palabras-metáfora: “Premamutario” y “Ecce Homo”, ambos pertenecientes a la “Bestiada” de Para deletrear el infinito II.

Los poemas-metáfora, los fragmentos-metáfora y las palabras metáfora se dan en mi producción frecuentemente entremezclados, de tal manera que no es raro hallar un poema simbólico construido sobre la base, a nivel macroscópico, de fragmentos-metáfora y, a nivel micros-cópico, de palabras-metáfora. Los poemas-metáfora, los versos-metáfora y los vocablos-metáfora tienen en común, pese a sus diferencias, el mismo procedimiento: la unidad de lo diverso en tanto semejante. En el “canto X” de El tercer Ulises nuestro tal cosa en la siguiente metáfora sobre la metáfora:

He armado en la metáfora una jaula
para apresar lo idéntico,
ofrecerle el alpiste del sí mismo,
y el agua bautismal del nombre propio,

y hacer que cuando crezca, cuando crezca

sobre todo en las alas,

se vaya a picotear cosas distintas.

En mi poesía también aparecen las imágenes, tanto las reales como las fantásticas. Me ocuparé un momento de estas últimas. La imagen fantástica equivale a un desorden, a una irrealidad. El poeta combina elementos heterogéneos, une lo que se halla separado en la realidad, aunque no posea o no se le descubran semejanzas. El producto de estas “síntesis poéticas” no puede ser sino una figura que, comparada con la realidad, tenemos que considerarla irreal. El surrealismo representa una “sistematización” de este procedimiento. La jirafa ardiendo de Dalí, o los relojes licuados, no son otra cosa, en el nivel pictórico, que la combinación de elementos que existen separadamente en la realidad. La metáfora es, por lo contrario, una realidad. Se trata de descubrir la semejanza efectiva que en algún sentido poseen dos cosas o fenómenos distintos. Aunque con menos frecuencia que la metáfora, en mi creación lírica aparece la imagen fantástica. Un poema como “El recado”, para no traer a colación otros de Por los siglos de los siglos, se basa esencialmente en la utilización de este recurso. Si una figura

literaria, que parece identificarse con una imagen fantástica, alude, expresa, simboliza algo externo a sí misma, coincide en realidad con la metáfora. Pero hay casos en que la simbolización es incierta o multívoca, lo cual me conduce a diferenciarla del procedimiento habitual de la meta-forización, sin identificarla del todo con la imagen fantástica irreal. Este es el caso de algunos de mis poemas; por ejemplos “A la sombra del milagro”, del mismo libro.

Además de las metáforas y las imágenes, mi producción poética se caracteriza por lo que podríamos denominar el rescate y la metamorfosis del lenguaje cotidiano.

Cuando asiento:

Me hallo en un corazón

sin salida,

Sé que la especie humana

no puede llegar a buen parto,

o:

¡Zapatero/ a tus poemas!,

aludiendo a una sociedad emancipada, sugiero tres frases (callejón sin salida, llegar a buen puerto y ¡Zapatero, a tus poemas!) que han sido objeto de una mutación. Este rescate y metamorfosis del lenguaje cotidiano hace acto de presencia reiteradamente en mi creación. Resultado del mismo es normalmente la sorpresa, ya que el lector, cuando inicia la lectura de una frase común y corriente, supone que ésta terminará como habitualmente lo hace, sin extraviar ninguno de los ingredientes que la configuran; pero el poeta de pronto modifica uno de los elementos, con alguna intención creativa, y produce un nuevo efecto. Este rescate y metamorfosis del lenguaje habitual eleva, a mi entender, las expresiones vulgares a expresiones poéticas y permite al creador añadir a los procedimientos precedentes (de la metáfora y la imagen) un método que posibilita enriquecer el plexo de recursos expresivos que requiere el poeta.

También he incursionado en la invención de un nuevo género literario, no demasiado ambicioso, pero sí de interesantes posibilidades. Aludo a las neuronerías. Estas últimas son una suerte de epigramas o breves poemas sobre la inteligencia, la filosofía y la ciencia. Son algo así como los hai-kú o hai-kai de la clase intelectual. Son poemínimos –creados con anterioridad a los de Efraín- que van autocrítica y satíricamente de las neuronas a las neuronas. Reproduzco algunos:

Más vale Heráclito en mano
que Parménides volando.

Imposible dormir, tras el pirrónico
infarto que sufriera
mi dogma de la guarda.

Regla sin excepciones:

cuando está toda iglesia discutiendo
con su Giordano Bruno, siempre acaba
argumentando hogueras...

Entre los yerros lógicos mayores,
junto a las peticiones de principio,

los sofismas que dan gato por liebre
o los paralogismos. sobresale
el círculo vicioso
de Viena.

Estas neuronerías están tomadas del sexto canto de Para
deletrear el infinito I. Del octavo del mismo texto son las
siguientes:

La razón asistía a los eleatas:

imposible es que Aquiles

alcance a la tortuga.

Al hacerlo, serían

un diferente Aquiles

que alcanza a otra tortuga.

Identidad de contrarios

en que un polo tiene sus entrañas en el otro.

He llamado “poesía interior” (un nombre poco afortunado) a un tipo de producción lírica por medio de la cual la escritura se presenta en doble plano: en un primer nivel, o nivel explícito, tiene un significado inicial y en un segundo nivel, o nivel implícito, tiene otro. Lo característico de la “poesía interior” es, no obstante, que los dos niveles, dados simultáneamente, no alteran la sintaxis del primero. Cuando apunto que una de mis manos se convierte

llama, no sal, de mis angustias,

tal verso contiene en sus entrañas este otro:

ya, mano, sal de mis angustias.

Cuando escribo de las mismas manos que:

se sueñan rebeldes,

en cólera izadas,

esta expresión lleva consigo esta otra:

se sueñan rebeldes,

encolerizadas.

Aunque la “poesía interior” -¿influida por Villaurrutia?- aparece en varios de mis poemas, hay uno, “Manos, mis pobres manos”

(título tomado de un verso de Luis G. Urbina) de canto “En primera persona”, en el cual opera como el recurso principal de la elaboración poemática.

Las metáforas, las imágenes, el rescate y metamorfosis del lenguaje cotidiano, las “neuronerías” y la “poesía interior”, amén de las innumerables y abigarradas mezclas de esos elementos, no agotan, creo, el material poético que compone mi producción. Lo diré así: son elementos singulares que, como producto de un oficio cultivado durante casi toda una vida, integran una obra que ha ganado en creatividad y experiencia. Tengo, al menos, esa impresión.

Los aspectos formales externos e internos que acabo de presentar no han permanecido idénticos a partir en Para deletrear el infinito y mi obra posterior. Han cambiado de signo y de carácter. En un momento dado he puesto el acento en unos y apenas he utilizado otros. En tiempos posteriores he elevado a primer plano aspectos formales olvidados y he dejado de frecuentar procedimientos que antes me resultaban imprescindibles. Estos cambios formales están, a no dudarlo, en íntima vinculación con los cambios de contenido. Si los aspectos

formales, externos e internos, son intrínsecos a la producción poética, el contenido es un elemento extrínseco a ella. Extrínseco no quiere decir aquí ajeno o extra poético; significa material procesado líricamente o sometido a una configuración formal. La temática del poema (política, filosófica, religiosa, amorosa, etcétera) no es bella de por sí. Careciendo de valor artístico, o no siendo su principal objetivo, se caracteriza por su indiferencia estética. Un poema político sin recreación o procesamiento formal deviene panfletario. El carácter extrínseco del contenido no impide, desde luego, su conformación artística. El tema, el mensaje, el significado de una poesía se vuelve artístico si y sólo si el poeta se hace cargo de él y, de acuerdo con ciertos procedimientos creativos, lo procesa. Esta idea acerca del papel del contenido en el poema ha sido mi convicción más decidida y constante.

Si transitamos de los aspectos generales de mi creación poética a los particulares, podemos advertir que mi libro *Para deletrear el infinito I*, publicado en 1972 (pero producto de casi diez años de trabajo), terminó con lo que en otras ocasiones he denominado mi prehistoria poética, esto es, el período, inmaduro y balbuciente, en el cual me lancé a la búsqueda de mi voz poética y mi personalidad lírica. Búsqueda intensa y afanosa, aunque

fracasada. Período (que incluye los intentos creativos en la corriente que llamamos poeticismo otros poetas amigos y yo) que, pese a sus titubeos e inseguridades, termina con el hallazgo de mí mismo en el texto ya mencionado de 1972. Para deletrear el infinito es, entonces, el inicio de mi historia poética. ¿Cuál es la temática principal de este libro? La “mala infinitud”, como diría Hegel. En realidad, de todo un poco. . La naturaleza, el hombre y el pensamiento. El hombre individual (“En primera persona”) y el hombre público (“Aquí, con mis hermanos”). Eros y Tánatos. La lucha de los oprimidos por emanciparse. Y, en relación con ello, la “gramática iracunda” de mi permanente preocupación política.

Para deletrear el infinito se inicia con un poema que se intitula “cuando la pluma toma la palabra”. Se trata de una introducción al poemario en un doble sentido: primeramente, en el de que lleva al lector a instalarse de golpe en “mi” estilo, en mi manera muy personal de tenérmelas que ver con el trabajo literario y la llamada inspiración, que no es otra cosa, creo, que un estado de ánimo exaltado, propicio para acoger y dar hospedaje a los dioses y/o a los demonios. En segundo lugar, es un poema-índice, una creación en la que se despliegan los temas fundamentales que irán haciendo acto de presencia a lo largo de los capítulos o cantos que integran el libro en cuestión. Para

deletrear el infinito consta, en efecto, de quince cantos en los que aparecen, como dije, los más variados temas. Pero me gustaría aclarar que el texto con el que se inicia mi historia poética se tendrá que llamar, si algún día se reedita, Para deletrear el infinito I, ya que en la actualidad estoy a punto de concluir o al menos me hallo en una fase muy avanzada de elaboración de un Para deletrear el infinito II

La explicación de por qué existe una identidad nominativa entre el primer trabajo y el actual se halla expuesta en el prólogo que escribí para “El antiguo relato del principio”, que es el arranque en realidad de Para deletrear el infinito II. En este prólogo asevero, entre otras cosas, lo siguiente: me interesa “no sólo ludir al infinito, sino encarnarlo, convertirlo en acción. Mi poesía no pretende poseer una actividad contemplativa y teórica. Desea emprender el infinito. Ser, en una palabra, tan infinita como el infinito mismo. Este insólito deseo de “practicar el infinito” es la razón de fondo que me ha llevado a la idea, que le da sentido a mi vida literaria, de que el extenso poema ya publicado en 1972, se me vuelve el programa de toda mi actividad literaria presente y futura, afirmación ésta que debe entenderse a partir de mi deliberado propósito de transformar cada uno de los quince cantos que conforman la obra de 1972 en quince libros. El título

de “El antiguo relato del principio” no es otro, por ello, mismo, que el del primer canto de mi libro Para deletrear el infinito I. Pienso escribir después un poema que se intitule “La bestíada”, como se llama el segundo canto del libro, luego otro que ostente el nombre de “En primera persona”, como se denomina el canto tercero del libro, y así sucesivamente hasta completar los quince libros que se inspiran o fundan en los quince cantos del poemario de 1972. Si me diera tiempo la vida y pudiera dar término a los quince libros que me propongo escribir, podría publicar un nuevo Para deletrear el infinito o Para deletrear el infinito II, que en vez de quince cantos poseyera quince libros”.

En la actualidad el proyecto de crear otro Para deletrear el infinito se encuentra muy avanzado. Los primeros cuatro libros (*El antiguo relato del principio, la Bestíada, En primera persona y Aquí, con mis hermanos*) se publicaron bajo el título general de *El antiguo relato del principio* en un único volumen (Editorial Diógenes, 1975); el quinto (*El quintuple balar de mis sentidos*) se editó en un solo tomo (Editorial Joaquín Mortiz, 1976); el sexto y el séptimo (*El tercer Ulises* y *Tres compartimientos del espíritu*) vieron ambos la luz en un libro común (Editorial Signos, 1983); el octavo (*Por los siglos de los siglos*) salió de la prensa en un solo volumen (Editorial Papeles privados, 1983), y el noveno

(**La larga marcha**) tomó la forma de un único volumen (Editorial Oasis, 1983) El décimo libro (**Que deje el castillo de estar en el aire**) se halla en prensa, y el undécimo (**Sentencia a muerte**) se encuentra en preparación. He dado término por consiguiente a casi once libros de los quince que conformarán el poemario Para deletrear el infinito II.

Los primeros cuatro libros editados en el volumen de 1975 representan un cierto cambio respecto al poema de 72. En uno de los forros, escribí, respecto a ello, lo siguiente: “Reúno en esta obra cuatro libros. Aunque sigo utilizando en ellos la “ratonera de metáforas” y el afán de poetización sintética que caracteriza Para deletrear el infinito I, me intereso ahora por otros rumbos u otras dimensiones. En El antiguo relato del principio deseo rehuir la sobriedad (sequedad en ocasiones) de mi anterior poemario, a favor de una mayor viveza, espontaneidad, música. Creo haber superado el desdén por lo que erróneamente consideraba antes como lo puramente ornamental- Doy, además, rienda suelta a la ironía, esta amarga ironía que cargo en las entrañas. Si antes esta vena satírica se hallaba más o menos reprimida, aquí hace acto de presencia, de afirmación, de contundencia. Hay, asimismo, y como siempre, mi preocupación política: mi gramática iracunda”

En verdad, los cuatro libros reunidos en El antiguo relato del principio son textos fundamentalmente de búsqueda, experimentación, amor por el hallazgo y la novedad. Hasta este momento los libros de Para deletrear el infinito II han presentado espontáneamente la dialéctica singular a la que podríamos dar el nombre de experimentación/consolidación. En efecto, si los cuatro apartados de El antiguo relato del principio pueden caracterizar a su volumen como un libro-experimentación, El quintuple balar de mis sentidos, el texto que viene en seguida, constituye un libro-consolidación: si los Tres compartimientos del espíritu forman un libro-experimentación, El tercer Ulises (escrito con anterioridad a ellos) es un libro-consolidación. Si, finalmente, el libro Por los siglos de los siglos caería dentro de la consideración de libro-experimentación, La larga marcha lo haría dentro de los libros-consolidación.

Creo, reflexionando en lo anterior, que resulta impropio hablar, en régimen absoluto, de libros experimentación y consolidación, ya que me parece que en ciertos textos de experimentación se consolidan “estilos” ensayados previamente y en otros de consolidación se inician experimentalmente nuevos rumbos e inquietudes.

Un caso de ello es, por ejemplo, *El quíntuple balar de mis sentidos*. Se trata, en efecto, de un libro-consolidación. Con él obtuve el premio Xavier Villaurrutia de poesía de 1976. El título completo del libro es *El quíntuple balar de mis sentidos o El monstruo y otras mariposas*. La primera parte del título (un espléndido endecasílabo de González Martínez que no le gusta a Elena Poniatowska) alude al desamparo sensorial del hombre y la mujer frente al mundo hostil que los rodea. La segunda parte, la del monstruo, hace referencia a una bestia feroz (encarnada en lo imprevisto) que perpetuamente nos acosa. El monstruo de lo imprevisto (que también puede materializarse en mariposas) se convierte en el hilo conductor de un poemario fundamentalmente autobiográfico. El hecho de caminar en este libro sobre el terreno firme de procedimientos formales clásicos o ya experimentados, no le quita el que, por aquí y por allá, aparezcan elementos, giros, imágenes que se aventuran por derroteros novedosos. Los tres compartimientos se lanzan, en cambio, al alboroto, la sátira, la desenfrenada incursión en temas y recursos inhollados. Es un libro que está dividido en tres capítulos: “Del sentimiento”, “De la voluntad” y “Del intelecto” en los cuales manejo, de manera muy libre, un material temático poco frecuentado. Siento que este libro, en que se encuentran

poemas ríspidos y regocijantes, guarda respecto a su hermano mayor (El quíntuple balar) la misma relación que El antiguo relato tiene con su predecesor (Para deletrear el infinito I). Estoy tentado a calificar a tres volúmenes (El antiguo relato, Los tres compartimientos y Por los siglos de los siglos) como libros de transición. El primero nos llevaría al Quíntuple balar, el segundo a El tercer Ulises y el tercero a La larga marcha. Me resisto, sin embargo, a hacer tal cosa porque en ocasiones el viaje hacia una meta tiene más importancia o implica un “nudo de vivencias” mayor que la propia meta. Y ya que estoy hablando de viajes, me gustaría subrayar que uno de mis libros preferidos –el poeta también puede mostrar predilecciones por sus hijos y aun por sus engendros- es El tercer Ulises. Esta pasión por el viaje, y la influencia que ello ejerce en la producción lírica, quizás la heredo de mi padre, el cual en sus libros El puerto y Espacio, como lo ha señalado Jaime Labastida, muestra un vigoroso afán de desplazamiento y de enriquecer sus ojos con nuevos paisajes. Se trata en mi poema no de un viaje, sino de la apoteosis del viaje. La transición física y metafísica de un punto a otro. El viaje redondo. El inspirarse en Homero y en Joyce para decir, desde este Tercer Ulises, que existe la posibilidad de un IV, un V o un VI Ulises.

Por los siglos de los siglos es un libro abierto a otros rumbos, a otras preocupaciones. En él encontramos que, con frecuencia, se sustituye la metáfora por la imagen, la poesía lírica por el prosema intencionado. Lugar muy significativo ocupa en este tomo el poema intitulado “Gulliver en el país de las metáforas”, en el que hay una redefinición del poeta respecto a un procedimiento que, como la *serva padrona*, de elemento que “debe hallarse” puesto al servicio del poeta se convierte con frecuencia en un recurso absorbente y dictatorial. Esta es la razón de que haya incluido tal poema en esta obra. La larga marcha es, quizás, mi poema más ambicioso y sospecho que también el más relevante hasta el momento. No estoy, sin embargo, seguro de ello. Y en la actualidad, cargando a costas mis 85 años, me parece indudablemente que no: es un poemario ambicioso sí pero desigual y que, a pesar de algunos aciertos y momentos inspirados, no cumple satisfactoriamente con las expectativas del proyecto ambicioso del que nació. Es un poema que se halla prefigurado en El tercer Ulises. Pero si El tercer Ulises es una célula, la Larga marcha es un tejido. Este último poemario, si se me permite decirlo de este modo, pretende ser la odisea de las odiseas. Es la odisea que pueden emprender el primero, el segundo, el tercero o el cuarto Ulises. Es la metamorfosis que, como se muestra en “La transmigración de los héroes”, lleva a Ulises a transformarse en Fausto, a Fausto en

Don Quijote, a don Quijote en Hércules, a Hércules en Orfeo, a Orfeo en Quetzalcoatl, a Quetzalcoatl en Dante. Es eso y muchas cosas más.

De mis dos últimos libros (uno en prensa y otro en preparación) no voy a hablar. No creo que sea el momento oportuno. Y tampoco haré referencia, por lo menos ahora, a todo lo que he escrito y publicado con posterioridad, en que no sólo he dado término al proyecto de Deletrear el infinito, sino que he creado un conjunto de poemarios que tal vez supere en cantidad a los incluidos en el mencionado proyecto. Para terminar este capítulo, quiero hacerme una pregunta a la que no sé a ciencia cierta si estoy en posibilidad de responder o si soy la persona adecuada para formularla. Deseo interrogarme: ¿qué significado posee mi producción lírica en el contexto de la poesía mexicana contemporánea? Me parece que, para dar respuesta a este interrogante, se precisa poner de relieve que la significación o importancia de una obra reside, entre otras cosas, en su diferencia con las anteriores. Unas corrientes o generaciones se distinguen de otras: el modernismo del romanticismo, el vanguardismo del modernismo, etc. También los poetas de una misma generación o tendencia se diferencian, en mayor o menor medida, entre sí. Pero la diferencia no adquiere relevancia sólo

por el cambio de terreno o por la llamada originalidad. Nada más falso, me parece, pensar que el rupturismo, o la ruptura por la ruptura, es el criterio esencial para hacer una historia de la poesía o el esclarecimiento puntual de quién es quién en la lírica mexicana. La significación o trascendencia de un poeta se basa, sí, en su diferencia con los demás; pero en una diferencia que no se finca tan sólo en la vulgar obviedad de “lo que dicho hasta ahora”, sino en la novedosa irrupción de una poesía estrictamente personal, de una producción que se revela como el todo orgánico (forma y contenido) prohiado por una personalidad lírica diferenciada. Ambiciono encarnar una “novedad” de este tipo. El fundamento de esta pretensión se basa en la existencia, en mí, de dos pasiones y el reflejo de ello en mi práctica literaria. Dos pasiones. La de la poesía, por un lado, la de la filosofía, por otro. Bigamia inveterada, sin taxativas y sin sentimientos de culpabilidad. Mi poesía y mi filosofía no van por derroteros separados, como unas paralelas perpetuamente inconexas. Son dos actividades que se interpenetran. En Para deletrear el infinito I, mi programa poético, aparece, y a veces se roba la escena, mi vocación filosófica: como filosofía en general y como filosofía política. El puesto del hombre en el cosmos y el puesto del cosmos en el hombre. En la Revolución articulada, mi programa filosófico-político, irrumpe permanentemente mi

vocación poética: mi gusto y necesidad de pensar con audacia imaginativa.

LA VOCACIÓN POLÍTICA. PRIMEROS PASOS

Ingresamos Eduardo Lizalde y yo al PCM a principios de 1956. Formamos, con Joaquín Sánchez MacGrégor, la célula Carlos Marx. Nuestro grado de conciencia política era muy débil. Nuestra credulidad ilimitada. En lo que a mí respecta, y aunque les pueda parecer increíble a mis compañeros de hoy, me caracterizaba entonces por ser retraído y temeroso de hablar en público.

En las reuniones celulares permanecía las más de las veces silencioso sin tener el atrevimiento de decir esta boca es mía, esta opinión me pertenece, este punto de vista brota de mis entrañas. Eduardo, Joaquín y yo creíamos a pie juntillas las afirmaciones, los informes, la interpretación de los hechos o la versión de lo sucedido en el pasado que nos proporcionaba la dirección nacional, una dirección que no era sino la regencia encinista (el "estalinismo de huaraches" como la llamaba Revueltas) que se entronizó en el Partido desde 1940 hasta 1959. Nuestra situación cambió de golpe con la asignación de José Revueltas a la célula Marx. Abrimos de pronto los ojos. Revueltas traía consigo una interpretación distinta de la historia del PCM,

de sus crisis, sus expulsiones. Caímos en cuenta de que el Comité Central fomentaba a lo largo y a lo ancho de la organización la ausencia de "memoria política", que decía el autor de Los errores. La célula Marx perdió, pues, la inocencia al incluir en su seno a una persona tan inquieta, atormentada y crítica como José. A Revueltas lo había conocido en 1951. En ese año mi abuelo cumplía ochenta años y sus familiares y amigos festejaron su cumpleaños en nuestra casa (Mayorazgo 715, en la Colonia del Valle). Entre los asistentes a la fiesta estaba José Revueltas, además de Alfonso Reyes, José Luis Martínez, Alí Chumacero, y muchos otros escritores. Rememoro con toda nitidez que Revueltas discutía apasionadamente, en el hall de la casa, con Jorge Portilla y Emilio Uranga, y no sé si alguno más de los hyperiones, acerca del marxismo y el existencialismo. Recuerdo incluso la frase lapidaria con la que, entre sardónico y provocador, Pepe dio término al debate: "lo que pasa con ustedes es que, aunque dicen haber leído a Hegel, no entienden nada de dialéctica". Creo que Revueltas no prestó atención al joven silencioso, de veintidós años, que, a su lado, bebía sus palabras. Yo había leído algo de Revueltas, había asistido al estreno del Cuadrante de la soledad y conocía, además, las opiniones de mi abuelo en extremo favorables a Revueltas. José había ingresado a las juventudes del PCM en 1930, aunque ya antes había trabajado en alguna de las organizaciones periféricas

del Partido Comunista (como es el caso del Socorro Rojo). Le había tocado, por consiguiente, vivir la etapa de la clandestinidad del Partido (de 1929 a 1935) en que los comunistas se templaron y forjaron como militantes abnegados, comprometidos. Revueltas, como se sabe, estuvo dos veces en las Islas Marías (uno de sus libros *Los muros de agua* recogen una de estas experiencias) y se caracterizó en todo momento como un hombre de ideas, rectilíneo y apasionado. Cuando fue convocado el VII Congreso de la Comintern (que tendría lugar en Moscú en 1935) Revueltas formó parte, junto con

Hernán Laborde, Miguel Ángel Velasco y otros, de la Delegación Mexicana. A los tres se debe la redacción de la Carta que, recogiendo los acuerdos de la Internacional, desencadenó un cambio político significativo en la línea del PC: el tránsito de la estrategia conocida con el nombre de "lucha de clase contra clase" a la del Frente Popular. José Revueltas jugó un papel importante, como uno de los dirigentes de la Juventud del Partido, durante el Congreso Extraordinario de 1940, que sustituyó a la vieja dirección de Laborde-Campa por la de Dionisio Encina. Revueltas me contó, inclusive, que de él salió la proposición (enhoramala, decía) de que Dionisio Encina ocupara el puesto de Secretario General del PCM. Pero José fue expulsado, con los demás miembros de su célula (la de

periodistas José Carlos Mariátegui), y un número grande de miembros del D.F., en la purga de 1943. Formó parte después de los integrantes del grupo El insurgente; fue asimismo fundador y participante de la Liga Socialista Mexicana y de la Mesa redonda de los socialistas que tuvieron lugar por entonces. Fue finalmente, en compañía de Lombardo Toledano y Enrique Ramírez y Ramírez, para no mencionar a otros, organizador del Partido Popular. Rompió con Lombardo y solicitó su reingreso al PCM en 1956. Al aceptársele, fue asignado, como dije más arriba, a la célula en que más que militar vegetábamos Joaquín, Eduardo y yo. José Revueltas influyó de tal manera en nosotros que convirtió la célula Marx en una especie de reedición, corregida y aumentada, de la célula José Carlos Mariátegui. De 1957 a 1960 dimos una lucha sin cuartel, primero en alianza con el Comité del D.F. contra la dirección estalinista de Encina, y después prácticamente solos (con la simpatía de otra célula y camaradas dispersos) contra el propio Comité del D.F., cuando éste, tras de entrar en componendas con el encinismo y obtener la venia de Moscú, se volvió contra la célula Marx.

No es este el sitio para hacer una reseña de la lucha interior, de ese mar tormentoso de pequeñeces, intrigas y marrullerías levantado por los burócratas estalinistas. Pero sí para mostrar las

diferencias de carácter que existían y fueron desarrollándose al calor de la lucha entre José Revueltas, Eduardo Lizalde y yo.

Revueltas no era sólo un hombre apasionado y de principios, un espíritu crítico y rebelde, un comunista enemigo de las componendas y del pragmatismo inmediatista, sino, como varios de sus hermanos, un hombre de genio. No sólo de genio literario; fue, ciertamente, un gran cuentista y novelista; pero también un político -en el sentido más profundo del término- de niveles insospechados. Tenía la capacidad de penetrar la esencia de las cosas y el talento de ver a largo plazo. En las interminables discusiones teóricas que estallaban frecuentemente en la célula Marx, Revueltas era el que, las más de las veces, sugería el tema a tratar y el que, de manera apabullante y persuasiva, obtenía las conclusiones teóricas o prácticas que se derivaban lógicamente del intercambio de ideas. No era, sin embargo, un brillante expositor. Tampoco se caracterizaba por una gran agilidad mental. Nunca se distinguió por ser buen orador y en ocasiones parecía torpe y repetitivo. Eduardo Lizalde era la otra cara de la medalla. Su agilidad mental se lucía especialmente en las lides políticas y en los enfrentamientos teóricos. Durante la época a la que estoy aludiendo, Eduardo era, por así decirlo, una caja de resonancia de las tesis, apreciaciones, puntos de vista de

Revueltas. No es un accidente que José haya externado en diversas ocasiones que Lizalde era su alter ego. Eduardo volvía brillante, avasallador y convincente lo que resultaba torpemente dicho y esquemáticamente formulado por Revueltas. Recuerdo que en algún momento dije, o al menos lo pensé, que Lizalde era la agitación y Revueltas la propaganda. Hacían a no dudarlo una mancuerna temible para los burócratas estalinistas que no fue disuelta sino muchos años después.

Yo no tenía ni el talento incisivo y genial de Revueltas ni la brillantez y agilidad mental de Lizalde. No lograba en general penetrar en el fondo de las cosas y desde ahí vislumbrar las leyes de tendencia a la manera en que José lo hacía, ni sabía exponer esta intuición de Revueltas con la elegancia, amplitud y contundencia de Eduardo. Mi discurrir por los vericuetos de la teoría y de la lucha política era más cauteloso y amedrentado. La exacerbación de las contradicciones me producía perplejidad y me causaba dudas. Ante el pugilato de las tesis y la antítesis me sentía atraído por una síntesis que supuestamente superaría la conflagración y borraría las trincheras. Con frecuencia, cuando se polarizaba la discusión en la célula Marx, o entre esta última y alguno o algunos de los representantes de la Dirección Nacional o del Comité del D.F., intentaba comprender el punto de vista del

adversario y, a partir de ello, proponer una solución que, sin contradecir las posiciones con las cuales coincidía -y que por lo general eran las de la propia célula- no se riñera antagónicamente con las del contrario. Un día, tras de una reunión en nuestro organismo de base, me quedé conversando con Revueltas, el cual, con la cordialidad de un camarada, me dijo: "Quiero, Enrique, hacerte una crítica. Se refiere a tu modo de intervenir en las discusiones. Dada tu preparación filosófica, tiendes a polemizar de manera más académica que política". "¿A qué te refieres, le dije. "A tu método -me respondió. Tú sostienes primeramente una tesis. De pronto te vas a escudriñar la posición opuesta. Y finalmente intervienes de tal modo que, en tu nuevo planteamiento, parece diluirse la línea demarcatoria que escindía originalmente a los contrincantes". Como advirtiera José la enorme atención con la cual lo escuchaba, prosiguió: "Realizas, en una palabra, falsas síntesis que lejos de superar el problema lo agravan y alejan su solución. Tu estilo filosófico y académico de intervenir en las discusiones, debilita tu punto de vista (que frecuentemente es nuestra opinión) y se presta a la conciliación política. Hay que sostener con mayor firmeza nuestras convicciones".

Me quede pensando un buen rato en sus palabras y, no sin cierto esfuerzo, acabé por concederle la razón. En mi vida política

posterior nunca olvidé esta crítica de José. Es una opinión que me ha servido de guía en momentos difíciles e incluso, no sé si para bien o para mal, es un criterio que me ha hecho permanecer en una posición resuelta, sin concesiones, contra puntos de vista equivocados que sostuvo posteriormente el mismo Revueltas en la Liga Leninista Espartaco.

Los dirigentes del D.F. nos obligaron materialmente a renunciar al Partido. Nos pusieron entre la espada y la pared. Resucitando viejos y consabidos métodos, nos comunicaron, con los documentos y reuniones prefabricadas para el caso, que no se podía seguir perteneciendo a la organización de marras si seguíamos sosteniendo nuestros puntos de vista (que ellos calificaban de "revisionistas", "liquidadores" y no sé cuántas cosas más). Se nos ponía, pues, en

este dilema: o seguíamos en el Partido pero reducidos al silencio, a la claudicación, al "olvido" de nuestras opiniones, o se nos lanzaba de patitas a la calle. Antes de que ocurriera esto último, y convencidos como estábamos de que no se podía transigir en los principios, optamos por separarnos del Partido. La dirección distrital del PC, al presionar poco después al XIII Congreso --una asamblea francamente amañada-- a expulsarnos de la organización, no hizo otra cosa que sancionar una separación

que ella previamente había cocinado. Salimos, pues, del PCM; y, tras de una corta temporada en el Partido Obrero-Campesino de México (PO-CM), donde nos tropezamos de manos a boca con el espectro de Lombardo Toledano conjurado por arte y magia de Sánchez Cárdenas, organizamos la Liga Leninista Espartaco (LLE).

Al principio fue todo entusiasmo y confianza ilimitada en nuestros planteamientos. Ya sin la dirección tramposa y oportunista del PC, ya sin los prejuicios ancestrales característicos de la base atrasada de este partido -como el de imaginarse formando parte sin más de la vanguardia de la clase obrera-, ya sin la presencia, en fin, de un "centralismo democrático" tergiversado y corrompido hasta los niveles más escandalosos del autoritarismo estalinista "a la mexicana", la nueva organización tendría que ir "viento en popa, a toda vela" hacia el encuentro del partido real. La base de la Liga se sentía confiada. Las tesis de José Revueltas y de la célula Marx sobre la inexistencia histórica del PC y la necesidad, derivada de ellas, de luchar infatigablemente por ayudar a la aparición de la "conciencia organizada" de la clase primero, y de la vanguardia del proletariado después, parecían garantizar la realización a corto o mediano plazo del nuevo proyecto político. Los miembros de la Liga confiaban, asimismo, en la dirección que se

habían dado: en el Comité Central electo y, más que nada, en el Secretariado de este último, representado por José Revueltas, Eduardo Lizalde y yo. La base dio en llamarnos la "tríada dialéctica" colocada al frente de la LLE. Nunca supe quién era la tesis, quien la antítesis y quien la síntesis. Pero esta chusca denominación del equipo dirigente revelaba la ingenua suposición de que la organización política recién creada estaba dirigida, al fin, por la dialéctica. Llenos, pues, de fervor político nos dedicamos a la magna empresa (que veíamos como inmensa, pero viable, como ardua, pero posible) de crear las premisas de una organización que, como decía Revueltas, pensaba primero por la clase, después para la clase y por último con la clase. Pretendíamos ser, por consiguiente, los primeros albañiles y maestros de obras de la organización política de los trabajadores. Fuera las usurpaciones, decíamos. Al demonio los mitos y las agrupaciones que, con el aval de Moscú, suplantaban el verdadero partido de la clase proletaria. Pensábamos, aunque no lo dijéramos expresamente, que de la tesis de la inexistencia histórica del PC se derivaba lógicamente el camino a seguir para generar, con las mediaciones pertinentes, la agrupación real de los trabajadores. El resultado fue, sin embargo, que creamos una organización con todos los visos y vicios de un partido; pero un partido en miniatura: un partidito tan irreal como el PC, aunque con la pretensión megalómana de ser, ahora sí, por fin,

finalmente, la condición posibilitante del partido histórico del proletariado nacional. Yo calificué posteriormente a este primer espartaquismo como un espartaquismo parcial, limitado, cegatón. Un espartaquismo que denunciaba la ausencia del partido de clase, pero que no indicaba, en positivo, la forma de crearlo, no en Afganistán o Kenia, sino en la parte del mundo que nos ha tocado vivir. Un partidito, dije. Una organización, en efecto, sin un equipo teórico calificado, sin línea política, sin penetración en las masas, etc., etc., que poco a poco empezó a desarrollarse espontáneamente en el sentido de una agrupación política más en el panorama de la izquierda autóctona. Así vivimos alrededor de tres años (de 1960 a 1963) hasta que un acontecimiento externo (la pugna chino-soviética) vino a cimbrar los cimientos de la LLE, a agudizar las contradicciones y a acabar por escindir el núcleo a partir del cual, su-puestamente, se iba a generar la conciencia comunista organizada. Permítaseme en este sitio llevar a cabo una digresión para explicar cuál es la esencia, a mi entender, de las diferencias que poco a poco se fueron engendrando entre Revueltas y yo. José es, en el movimiento comunista mexicano, un abanderado de la razón. Ésta en contra, y a matar, de las perturbaciones que el dogmatismo y el obrerismo vulgar puedan llevar a cabo, como generalmente lo hacen, en el intercambio de ideas y en las decisiones tomadas por los comunistas. No es un accidente, por

eso mismo, que este cruzado de racionalismo considere que el centralismo democrático sea más que una forma en que los socialistas se organicen para combatir a su enemigo de clase, una manifestación de la teoría del conocimiento y de la dialéctica a nivel partidario. La esencia del centralismo democrático, llegó a decir José, es la democracia cognoscitiva, es decir, la adecuada organización de los comunistas para discutir y tomar resoluciones de manera racional. No es que él negara los "aspectos organizativos" del centralismo democrático; pero los juzgaba secundarios y aleatorios en comparación con el aspecto epistemológico que caracterizaba, o debía caracterizar, al centralismo democrático. Mi punto de vista se situaba en diferente sitio. Sin negar la necesidad imperiosa de gestar, fortalecer y consolidar el libre uso de la razón, me preocupaba centralmente la lucha de clases, la presencia insoslayable, vigilante y represiva, del enemigo. A Revueltas le parecía necesario trascender las luchas cotidianas, los dogmatismos en pugna, la ideologización permanente del discurso, a favor de una utilización dialéctica de la razón para garantizar el conocimiento objetivo

del entorno social y la eficacia política. Yo no estaba en contra de eso, pero ponía el acento en la vigencia todopoderosa de la lucha de clases. Pensaba que el proyecto teórico y práctico de

gastar las condiciones óptimas para dar a luz un cuerpo político en que encarnara la razón dialéctica, no tomaba en cuenta el ámbito social en el que nos movíamos o sea la lucha de clases. La interpretación que daba Revueltas del centralismo democrático, se derivaba esencialmente de lo que llamó posteriormente la "dialéctica de la conciencia", la mía provenía, más que nada, sin dejar de lado las implicaciones gnoseológicas de la forma en que deben organizarse los comunistas, de la convicción de que la lucha de clases no era un mero dato externo, sino la atmósfera que, deseándolo o no, teníamos que respirar necesariamente. Ahora creo que ambas posiciones adolecían de unilateralidad y que, implicando la demanda de su superación a un nivel más alto, no pudieron resolverse en el punto deseable: en la consideración simultánea, con todo lo que ello supone, de una lucha por la racionalidad dialéctica, en el ámbito de una insoslayable lucha de clases. Esta digresión es importante, por consiguiente, para entender la contradicción que, a partir de la pugna chino-soviética, sentó sus reales entre nosotros y nos llevó, como dije, a la escisión de la LLE y al distanciamiento político entre José Revueltas (y Eduardo Lizalde) y el autor de estas líneas.

José publicó en la prensa burguesa tres artículos sobre el conflicto chino-soviético, en los cuales tomaba partido por las posiciones jruschovistas del PCUS. El Comité Central de la LLE vio con desagrado este pronunciamiento, no porque intentara coartar la libertad de Revueltas, sino porque, dado el prestigio de Pepe como el dirigente más señalado y conocido de la LLE, un planteamiento público como éste, nos incluía a todos los miembros de la agrupación al dar la apariencia de que la LLE sostenía, en la pugna entre los dos grandes partidos en el poder, una posición pro-soviética. La mayoría del CC le propusimos a José que hiciera una aclaración en el mismo periódico en que había publicado sus artículos, en el sentido de que lo expuesto en ellos era una opinión personal. Revueltas se opuso a eso con el argumento de que tal cosa significaría un desconocimiento e invalidación pública de sus posiciones. Publicó, en cambio, una nota en que, al dar a conocer una mayoría y una minoría en torno a los problemas suscitados por la pugna chino-soviética, daba a conocer al público las diferencias existentes al interior de la Liga. Y aquí estalló la pólvora. Ya no discutimos las diferencias entre la posición soviética y la china ni las repercusiones que ello podría arrojar en nuestra concepción de la lucha de clases en México.

Nos dedicamos a discutir durante semanas y semanas si un dirigente, un ideólogo o "cualquier compañero de la organización" tenía en lo individual el derecho o no de hacer pronunciamientos públicos en la prensa burguesa sobre cuestiones teórico-políticas "a debate" que implicaran dar a conocer la situación interna de la agrupación o ciertos "secretos de partido", además de otras cuestiones relacionadas con el centralismo democrático. Las posiciones de José y Eduardo Lizalde fueron "derrotadas" en todas las instancias de la agrupación, incluyendo la Asamblea Nacional que representaba su autoridad máxima. Al conocer José las Resoluciones de esta Asamblea --a la que no asistió porque estaba fatigado, según dijo, de que se le sentara en el "banquillo de los acusados"--, tomó la decisión de organizarse en una fracción abierta y deliberada (no separada del todo de la Liga) en compañía de Eduardo y dos o tres compañeros más. Esto fue "el acabóse", "lo herético e inaceptable" para quienes formábamos parte de la mayoría. Y debe comprenderse por qué. Nuestra concepción del centralismo democrático (proveniente, pese a los forcejeos en contra, del estalinismo) rechazaba del modo más resuelto la conformación de fracciones al interior del partido o la organización política, porque ellas, con su plataforma diferenciada y su disciplina particular, escindía, si no formalmente, sí de hecho a la agrupación. El mismo Revueltas se

había defendido de los ataques de la dirección del PCM con la aclaración de que el centralismo democrático bien entendido implicaba que, en la lucha interna, se formaran libremente tendencias, pero en ningún caso fracciones y que la deliberada confusión que hacía la dirección del PCM entre unas y otras -- interpretar la defensa de las tendencias como una defensa de las fracciones-- mostraba el carácter mañoso y oportunista de los burócratas del Partido. La comunicación, por consiguiente, de que la minoría se organizaba fraccionalmente nos pareció una provocación. Y, respondiendo a ella, tomamos la decisión de expulsar a la minoría. ¿Que pienso hoy en día de esos acontecimientos? Estoy convencido en la actualidad de que la actitud de Revueltas y Lizalde tenía todos los visos de ser objetivamente, como dije, una provocación pero lo peor de todo fue que la mayoría nos dejamos provocar, y de la misma manera que en las rencillas matrimoniales un error de poca monta engendra a veces uno de mayor gravedad, nuestra reacción --la expulsión de la minoría por haberse conformado como fracción—superó, en el nivel de los errores, la falla cometida por José y Eduardo. Estos dos errores --la formación de una célula fraccional y la expulsión-- impidieron que la discusión se ampliara hasta abarcar, además de los problemas del centralismo democrático, los de la pugna chino-soviética y los de la línea política en nuestro país. La discusión fue, pues,

interrumpida abruptamente. Tal como se dio, la mayoría y la minoría tenían en la polémica, cada una y simultáneamente, parte de verdad, de una verdad que, como lo hice notar más arriba, no logró nunca inter-penetrarse. Del lado de la minoría la justeza se basaba en la defensa incondicional de la libertad racional, de la necesidad de garantizar al pensamiento un ámbito de operaciones sin taxativas y censuras. En una manera distinta de decirlo: la minoría tenía razón en luchar contra el "manualismo" u obrerismo vulgar y toda obstaculización de la práctica teórica. La mayoría mantenía posiciones justas, por su lado, al poner de relieve que la actividad científica en general y la propia de una organización política en particular no podía darse al margen de la lucha de clases. La necesidad de garantizar el libre ejercicio de la razón no puede conducirnos a olvidar la lucha de clases.

Ni tampoco al revés: la obligación de tomar en cuenta la lucha de clases no puede llevar a anular el libre ejercicio de la razón. No llegamos nunca a aceptar el carácter parcial de nuestros planteamientos ni mucho menos a discutir la forma absolutamente necesaria de conciliar un punto de vista con el otro. Hubo errores y exageraciones de ambos lados. José llegó a escribir en su Carta de Revueltas a la Liga lo siguiente: "El trabajo y desarrollo de la Liga Espartaco se ha detenido por culpa de compañeros que

adolecen precisamente de las deformaciones que señalo: vanidad, espíritu pequeñoburgués, carrerismo, pequeñas envidias intolerables. Esos camaradas deben ser derrotados implacablemente. El compañero González Rojo debe ser derrotado; convencido y derrotado". Y más adelante: "Hago un ardiente llamamiento a todos los miembros de la Liga para que impidan que ésta sea destruida, como amenazan, hacerlo los dogmáticos y en particular el compañero González Rojo". En mi ya prolongada carrera política, con mucha frecuencia he sido el blanco de opiniones hirientes y salivazos denigrativos. No pocas veces ha llegado a mis tímpanos el gruñir, chorreante de colmillos, de quienes, por la razón que sea, querrían que la fecha del 5 de octubre de 1928 --día en que vine al mundo a exigir mi cuota de oxígeno-- no debiera de haber existido en el calendario. Pero, por fortuna, soy sordo a esos aullidos y no sólo he conquistado la capacidad de indiferencia, sino que, las más de las veces, me complace advertir y corroborar cómo la ausencia de argumentos degenera inexorablemente en un carnaval de epítetos y en un rechinar de dientes. Mi respuesta personal ante el virulento ataque de Revueltas no fue, sin embargo, semejante a las reacciones descritas. Las frases de Pepe me mortificaron, me hirieron, me hundieron en la perplejidad y la extrañeza. ¿Cómo es posible --me decía- que José, quien me conoce desde hace años, piense que la vanidad, el espíritu pequeño burgués, el

carrerismo y hasta unas extrañas "pequeñas envidias intolerables" hayan sido el motivo de mi rechazo de sus posiciones, en lo que a la lucha interna de la Liga se refiere, y no simple y llanamente diferencias políticas? Revueltas había escrito en 1943, en su texto "Sobre la crisis del Partido", que "La división en el seno del PC no obedece a simples pugnas personalistas, como algunos poco enterados o poco observadores lo creen" y en su escrito "La crítica está en marcha" de 1957: "Creo que la lucha contra la dirección, contra los errores de la dirección, no debe enconarse, no debe rebajarse a los dicterios ni a los adjetivos baratos, que siempre son muy fáciles de formular". Y ahora él empleaba contra mí, de manera gratuita, encolerizada y neurótica, un puñado impresionante de "adjetivos baratos" que le daban cuerpo a una baja querrela. José Revueltas se equivocó, quiero decirlo de la manera más tajante y decidida, en su opinión sobre las motivaciones reales que me condujeron a discrepar de sus puntos de vista. En mi reacción contra sus formulaciones no jugaron ningún papel --estoy convencido de ello-- ni la vanidad, ni el espíritu pequeño burgués, ni el carrerismo, ni esas "pequeñas envidias intolerables" (que supuse entonces, y sigo suponiendo ahora, José me atribuía no por sí mismo sino porque alguien a él cercano le había calentado la oreja); mis diferencias brotaron más bien, equivocadamente o no, de mi concepción de los principios y de distintos planteamientos políticos. José

Revueltas y yo, a partir de este momento, estuvimos distanciados. Cómo me arrepiento ahora de no haberlo ido a visitar a la cárcel. Los dos argumentos que me condujeron a tal cosa me parecen ahora deleznable. La primera razón era la de que no convenía, por razones de seguridad, que los espartaquistas integrales (como nos llamábamos entonces) llamáramos la atención con nuestra visita al reclusorio y la segunda era el distanciamiento con Revuelta. Ambas “razones” eran nítidas muestras de fariseísmo. Con el tiempo, he recapitado sobre la reacción de Revueltas respecto a mí, y si no la justifico, porque me sigue pareciendo errónea y fuera de lugar, sí la entiendo y entreveo su significado. José fue presa de la irritación. La actitud de la mayoría en general y de mí en particular lo sacaron de sus casillas y le hicieron perder momentáneamente la compostura. Pero ¿cuál fue la razón de ello? Una razón muy comprensible. La pugna tenaz, inveterada y pujante emprendida por él para dar a luz una organización política que coadyuvara al fin al surgimiento de la vanguardia de la clase obrera en nuestro país había adquirido realidad, a su modo de ver las cosas, en la Liga Leninista Espartaco. La Liga era la encarnación de las ideas y de la lucha (dada a través de diversas organizaciones, de múltiples quebraderos de cabeza de varios lustros) de José. Era su vástago, su fantasía, la culminación de una práctica obsesiva. La mayoría representó, entonces, para

la esperanzada ilusión de Revueltas de hallarse finalmente en el "carril de la historia", un cáncer y un retroceso, la destrucción de un sueño que, pareciendo haber adquirido carta de naturaleza y sitio corporal en el espacio, estallaba incomprensiblemente en esquirlas y añicos por obra y gracia de los nuevos dogmáticos y de quienes merecíamos ser recubiertos por toda suerte de dicterios "siempre muy fáciles de formular". La razón de Pepe era, pues, comprensible. Y me he dado a la tarea de comprenderla, lo cual me ha exigido, como condición previa e indispensable para llevar a buen término tal propósito, hacer abstracción de lo que signifiqué desgraciadamente para Revueltas en un momento dado.

DURANTE LA LUCHA FERROCARRILERA DE 1958-1959.

Durante la lucha ferrocarrilera, la célula Marx del PCM –donde militaban el novelista José Revueltas y los poetas Eduardo Lizalde y Enrique González Rojo Arthur-, se lanzó a una actividad fuera de lo común. Cuando estalló la huelga, ese organismo tomó la decisión motu proprio de intentar convencer al estudiantado de lanzarse también a un paro indefinido en apoyo de las demandas del movimiento encabezado por Demetrio Vallejo. Para llevar a cabo este acuerdo, los escritores de la célula (Revueltas, Lizalde y González Rojo), además de unos más que pertenecían a otros organismos (Guillermo Rousset y Carlos Félix), se encerraron durante dos días y una noche para redactar volantes, manifiestos, octavillas, etc., en los cuales se hacía un llamamiento a los universitarios para que ellos, siempre combativos y en oposición al autoritarismo gubernamental, se solidarizaran activamente con el Sindicato Ferrocarrilero. Quién sabe qué consecuencias hubiera tenido el buen éxito de este propósito. Es imposible saber qué hubiese sucedido si, de realizarse la intención de la célula Marx, se generase una suerte de alianza entre el movimiento ferrocarrilero y el movimiento

estudiantil. No es fácil imaginar cuál habría sido el desenlace de vincular, por así decirlo, un 68 adelantado –el movimiento democrático estudiantil más importante del siglo XX- con el movimiento de independencia sindical tal vez más significativo de la misma centuria. Algo resulta indudable: sus consecuencias habrían sido en extremo importantes e impredecibles. Ciertamente es que lo fundamental hubiera sido (así lo veía la ortodoxia de ese tiempo) la obtención de la alianza obrero-campesina; pero si no fue posible conquistar la vinculación de los sectores fundamentales de la clase obrera –ni siquiera con el Sindicato Mexicano de Electricistas- , mucho menos podía tener lugar la unidad de lucha con los campesinos pobres. No había condiciones en realidad para lograr tal objetivo estratégico. González Rojo escribió:

¿Cómo hemos de olvidar que en los cincuentas
se le descarriló al sistema un día
su mayor sindicato,
que vistió la esperanza de overoles,
e hizo que los martillos
miraran a las hoces de reojo?

Los martillos, efectivamente, sólo miraron a las hoces de reojo. No había condiciones para más. Pero el poeta metido a político y sus compañeros estaban plenamente convencidos de que sí existía la posibilidad de aliar el movimiento ferrocarrilero del 58 con una edición adelantada del 68. Una vez que los escritores comunistas, capitaneados por el gran Pepe, emborronaron hojas y más hojas, y crearon al vapor un verdadero arsenal de consignas incendiarias, condujeron el material a la imprenta. Al cabo de algunas horas –el tiempo que le llevara a los linotipistas y otros imprimir los textos-, Guillermo Rousset, Carlos Félix, Eduardo Lizalde y González Rojo (que fueron los comisionados para trasladar todo el material gráfico, mientras José y otros camaradas los esperaban en Coyoacán) llegaron a la imprenta, supervisaron el traslado de la propaganda a la camioneta y se subieron a ella. Alguien, sin embargo, los había delatado a las autoridades de modo tal que, en la avenida Insurgentes, a la altura de Sears Roebuck, dos autos de la Federal de Seguridad se les cerraron violentamente y les impidieron el paso. Se abrieron las portezuelas de los coches de la policía y un tropel de polizontes hizo acto de presencia, detuvieron la camioneta y confiscaron la propaganda. Guillermo Rousset y Carlos Félix supieron qué hacer en ese momento. Guillermo emprendió la

noble carrera de Atalanta, se murmuró “piernas para qué las quiero”, y si en vez del civilizado pavimento hubiera existido simple tierra en el suelo, habría dejado una nube de polvo en los alrededores. La táctica de Carlos Félix, igualmente exitosa, fue muy distinta. Se dijo, o pareció decirse, “yo no soy de esos. Yo soy un peatón que viene caminando por Insurgentes y tranquilamente sigo mi curso”. Sin volver los ojos, mirando los aparadores, se fue alejando de sus compañeros hasta que pudo hacerse ojo de hormiga. Eduardo Lizalde y González Rojo fueron, en cambio, aprehendidos, empujados, zarandeados y arrojados a uno de los automóviles de la policía secreta, el cual partió a toda máquina, dio vuelta en la calle de Michoacán y se detuvo intempestivamente en el parque México. Los esbirros, al esculcar a Eduardo y Enrique hallaron, además de sendas libretas de versos, sus credenciales de empleados universitarios. Se quedaron con éstas y para el asombro de los “detenidos” los soltaron en ese mismo instante. La causa de esta “liberación” no ofrece dudas: el gobierno no quería brindar a los universitarios el menor motivo para movilizarse, y el apresamiento de los jóvenes espartaquistas podría haber significado el inicio de un problema entre el régimen y la Universidad. Los polizontes los soltaron, pues. Su acción fue rápida y certera. Fue un acto que se interpuso entre el movimiento obrero y el estudiantil y que sentó las bases para facilitar la posterior represión sobre el sindicato

ferrocarrilero. Al día siguiente, Henrique González Casanova, que era el Jefe de Publicaciones de la UNAM, mandó llamar a González Rojo y le dijo: “Acabo de hablar con el Rector de la Universidad (se trataba de Nabor Carrillo) y me explicó que el Lic. Adolfo López Mateos se había comunicado temprano con él para comentarle las andanzas de dos empleados de nuestra Casa de Estudios: Eduardo y tú. El Presidente de la República te envía además el siguiente recado: ‘dígame a Enriquito, que yo fui muy amigo de su padre, un poeta muy estimable y uno de los directores de la revista Contemporáneos, y que estoy muy satisfecho de que se interese por la política, pero dígame, por favor, que no lo haga por esa política’”.

MIS ANDANZAS ENTRE CAMPESINOS EN LUCHA

A veces el ridículo le enmienda la plana al heroísmo. Le debo a Revueltas la siguiente anécdota que ejemplifica a la perfección esto último: Carlos Sánchez Cárdenas hablaba, encima de una tarima, ante un público de simpatizantes del PCM en los años treinta. Desarrollaba una oratoria brillante y emotiva, colérica y algo ampulosa. Al final de cada frase, a la que llegaba paladeando las palabras, el público le respondía con una ovación, con coros y gritos. Así estaban las cosas, cuando irrumpieron en la plaza varios contingentes de la organización fascistoide de "Los dorados". Los comunistas, preparados para estas contingencias, no se desmovilizaron: habían colocado en torno al mitin un cordón sanitario de compañeros de vigor físico indiscutible y de larga experiencia en circunstancias similares. Resultado de ello fue que, incitada por la voz exaltada de Carlos, la reunión masiva pudo continuar cada vez más apasionada y enardecida. En eso se oyeron varios pistoletazos y el cuerpo erguido y gesticulante de nuestro orador, a punto de ser herido mortalmente, fue rozado por una de las balas. Sánchez Cárdenas, sin embargo, se pensó en ese momento alcanzado por alguno de los tiros y dejándose caer en brazos de los compañeros que lo rodeaban,

gritó con voz estentórea: "¡Muero por la revolución! "Si la bala hubiera dado efectivamente en el cuerpo del agitador, decía irónicamente Pepe, Carlos Sánchez Cárdenas sería en este momento uno de los más puros héroes del movimiento revolucionario. Desgraciadamente (o afortunadamente según el cristal con que se vea) Carlos salió ileso y tuvo que cambiar su instantánea muerte heroica por un desplante fuera de lugar y risible. Pobre Carlos".

Yo viví también una situación en que el ridículo hizo de las suyas. Hacia 1962, la Liga Leninista Espartaco estableció relaciones con el MRM, el movimiento magisterial dirigido por Othón Salazar, y con el PAO, la organización política de los jaramillistas. Nuestra alianza llegó a un nivel tal que, con vías a la fusión, las tres organizaciones mencionadas (los espartaquistas, los othonistas y los jaramillistas) convinimos en crear una Dirección común formada por quince miembros, cinco por cada una de las agrupaciones en juego. A mí en lo personal, y de manera un tanto ingenua, me pareció que tal medida representaba un gran avance hacia la creación del partido de la clase obrera en México, que era nuestra obsesión de siempre. Yo redacté un documento (que, como muchos otros, se ha extraviado) en el cual consideraba dicho acercamiento político y tal dirección

colegiada como la alianza a nivel partidario entre los campesinos (el jaramillismo) el movimiento sindical urbano (el othonismo) y la conciencia comunista en proceso de organización (el espartaquismo). Las ilusiones duraron muy poco tiempo. Las discrepancias afloraron. Los proyectos políticos, entraron en colisión. "No podemos aceptar --decía Revueltas-- la práctica del movimiento jaramillista de borrar del mapa a los caciques (aunque bien se lo merecen) porque nuestra estrategia se basa en Marx y Lenin y no en Robin Hood". No obstante, y con anterioridad a la ruptura, hubo un periodo de colaboración con las organizaciones mencionadas. Decidimos, por ejemplo, de común acuerdo con los jaramillistas, que un puñado de nosotros (Revueltas, Eduardo Lizalde, Antonio Cuesta Marín, creo que Jaime Labastida y yo) se trasladara al Estado de Morelos con el objeto de entablar conversaciones con diversos grupos del jaramillismo. A cada uno de nosotros le tocó un pueblo diferente y, si mal no recuerdo, pasamos varios días con nuestros nuevos amigos y camaradas campesinos. El alojamiento y la comida fueron proporcionados por ellos. Una de esas noches, me tocó dormir en quién sabe qué poblado, dentro de un galerón oscuro y tenebroso. Como ese día había tenido una jornada pesada y fatigosa, rememoro que a pesar de sentirme literalmente en el interior de la boca de un lobo, dormí a pierna suelta durante algunas horas. No obstante, de pronto me despertó un extraño e

insistente ruido, un movimiento pertinaz, quedo y sospechoso. La fantasía se me agolpó en las sienes. Y me puse a imaginar, con el alma en un hilo, si serían los pasos de un "enemigo del movimiento" que venía a victimar al intruso, si se trataba de un animal venenoso o de un perro de pocas pulgas y muchos colmillos. Me quedé más tieso que una escoba de bruja. El único movimiento que me permití, y eso con algunas restricciones, fue el de la respiración, una respiración en disminuyendo y en sordina. Pero mi rigidez deliberada, mi intención de dar a entender al promotor del ruido que "en este sitio no hay nadie", hizo que, en contra de mi deseo, la ominosa infracción del silencio subiera de volumen y estableciera una extraña concordancia con los latidos cada vez más fuertes que se producían en mi pecho. Me armé entonces de valor. Me fui irguiendo lentamente en el petate en que yacía en el suelo, hasta quedar sentado. La oscuridad estaba en ese momento en su apogeo. Alargué poco a poco el brazo. El ruido, el arrastrarse, el sacudimiento se oían cada vez más nítidamente. Extendí valerosa y resueltamente la mano. El ruido desapareció de golpe. Yendo del temor a la valentía y de la valentía a la temeridad, moví la mano de izquierda a derecha hasta dar con una pobre gallina que, quizás con más temor que yo, sentía invadidos sus dominios e iba, temblorosa, de un lado a otro. No me cabe la menor duda de que en ese preciso instante, el ridículo se frotaba las manos en alguno de los rincones del

galerón oscuro en que una pobre gallina se dedicó a picotear el sueño de un aprendiz de revolucionario.

VOCACIÓN POLÍTICA. NUEVOS DERROTEROS

Al salir Revueltas de la Liga Leninista Espartaco nuestra organización quedó convertida en un edificio lleno de cuarteaduras. Se podría decir que, a partir de cierto momento, el presidente de debates de las reuniones cruciales de la agrupación era la posibilidad de derrumbe. O de escisión. Jaime Labastida y yo representábamos lo que podríamos llamar la "tendencia espartaquista ortodoxa" dentro del grupo. Pero nos hallábamos en total minoría. Y no pudimos ni vencer ni convencer a las otras dos tendencias que se fueron gestando: la de los practicistas y la de los foquistas (partidarios de la lucha armada) Dicho de manera esquemática: mientras nosotros éramos de la opinión de que, si los revolucionarios no conquistaban el programa teórico o la línea política de la emancipación de los trabajadores, el partido de la clase obrera no podía gastarse en y por la lucha de clases, los practicistas desdeñaban la teoría y atribuían no sé qué virtudes gestativas a la lucha inmediata. Los foquistas estaban en la organización simplemente para reclutar elementos para su tendencia. Los practicistas (que eran la mayoría) y los foquistas (que eran unos cuantos) cerraron filas, como una alianza de hormigas con

escorpiones, y derrotaron con la mano en la cintura a las abejas. En aquella época la lucha interna tenía menores dimensiones zoológicas que la posterior dentro del PCM: no era la pugna entre los Dinosaurios y los Renos sino entre las abejas (partidarios de la teoría), las hormigas (amigos de la práctica) y los escorpiones (simpatizantes de la creación de un "foco" revolucionario).

Entonces apareció en escena Guillermo Rousset. Así como Atlas se representa habitualmente cargando a sus espaldas el globo terráqueo, Guillermo, en la izquierda de entonces, aparecía llevando en hombros el Programa Revolucionario. Hablábamos de él como el Hombre-Programa y, puesto que él era, y creo que lo sigue siendo, partidario de la idea de que el programa es la esencia del partido, hablábamos de él también como el Hombre-Partido. El que a Guillermo lo hubiésemos bautizado con estos nombres, designaciones semejantes a Hombre-Lobo u Hombre-mosca, no era sólo una ironía carente de sentido o una broma gratuita, sino que se derivaba del hecho real de que Rousset había estado al frente de la Comisión de Programa del PCM y de que a él, a decir verdad, y en comparación con la situación teórico-política de la época, le fue dable elevar los puntos programáticos del movimiento comunista a un nivel no

alcanzado hasta entonces. A la división, en la Liga Leninista Espartaco, entre los teóricos y los prácticos, correspondió, en el Partido Revolucionario del Proletariado (PRP) una escisión entre Guillermo y sus partidarios y los demás. Como es lógico, y tenía que acontecer, las abejas -y no las hormigas, ni tampoco, desde luego, los escorpiones- se vieron atraídos por la miel del Programa y acabaron por fusionarse, en la Asociación Revolucionaria Espartaco (ARE) con Rousset.

Guillermo, Jaime Labastida y yo, además de otros (entre los que recuerdo a Santiago González, a Juan Castaings, Octavio Rodríguez Araujo y varios más) formamos, pues, la ARE. Pero debo dejar en claro que, a mi modo de ver las cosas, Guillermo no fue nunca espartaquista. Esto se evidenció en el Congreso Inaugural de la nueva organización en que si yo presenté un breve documento sobre la situación internacional, Guillermo hizo público un voluminoso texto sobre la cuestión nacional (al que dimos el nombre de "Informe secreto" no por las razones que hicieron secreto al informe de Jruschiov, sino porque, al decir de la base del congreso, el informe, incomprendible para todo mundo, resultaba un "informe secreto"). En esa Asamblea, Guillermo quería darle a la nueva agrupación el nombre de Partido. Su argumentación se basaba en las siguientes

ecuaciones de igualdad: Guillermo Rousset=Programa; Programa=Partido, la nueva organización (que incluía a Guillermo y al Programa) Partido. Pero Jaime Labastida y yo fuimos implacables y no cedimos un milímetro en este punto, lo cual obligó a Guillermo a retroceder y a aceptar, a manera de compromiso, que el nuevo grupo ostentara el nombre de Asociación y no de Partido. Es tan evidente el no espartaquismo de Guillermo que, después de haber desaparecido la ARE, y cuando él, junto con otros compañeros, tuvo la oportunidad de impulsar la creación de una nueva organización política, volvió a las andadas y gustosamente le dio a dicho grupo, o consintió que le dieran, la denominación de Partido: el Partido Mexicano del Proletariado (PMP). Algo así como bautizar a una hormiga con el nombre de mastodonte.

El proceso de *escisiones/fusiones/escisiones...* no dejó a veces de tener su lado chusco. Este fue el caso de mi ruptura con la Liga. La sesión en que tuvo lugar esta última se llevó a cabo, si mal no recuerdo, en la casa de Francisco González. Algunos compañeros y yo llegamos puntualmente a la cita. Pancho nos acompañó por un laberinto de escaleras, salas, alcobas hasta dar con el pequeño cuarto donde iba a tener lugar la reunión de esa noche. La presencia solícita de Pancho durante el trayecto respondía no

tanto a la necesidad de guiarnos hacia el sitio de la reunión -que ya nos era familiar a todos- como para cuidarnos de un perro malhumorado, chorreante de colmillos que, con excepción de sus amos, aborrecía a todos los miembros del género humano y en especial, por lo visto, a los pertenecientes a la especie "izquierdistas". La sesión se desarrolló de manera agitada, un sí es no es tormentosa. Las hormigas estaban en absoluta mayoría. Yo era la única abeja de la reunión (Jaime Labastida estaba en aquel entonces en Morelia). Y mis reiteradas invitaciones de fusionarnos con la facción del PRP que había elaborado el Programa, esto es, con Guillermo Rousset y sus partidarios, cayó en oídos sordos. Me levanté entonces muy digno. Di por terminada mi relación con los practicistas. Y salí del cuarto dejando a mis espaldas una cauda de enojos, vituperios y maledicencias. Recorrí en sentido inverso el laberinto de alcobas, salas, escaleras, aunque con gran torpeza, dada la falta de luz; pero ya cerca de la puerta, di de pronto con el cancerbero enemigo de la humanidad, vi sus ojos acerados, oí su gruñido in crescendo, y, perseguido por sus mandíbulas, volví corriendo (tras de perder la compostura, la elegancia y la dignidad de quien crea haber sido el protagonista de una "escisión revolucionaria") a solicitar humildemente de Pancho que tuviera a bien acompañarme hasta la puerta.

MÁS SOBRE LO MISMO

La Asociación Revolucionaria Espartaquista (ARE), en sus meses de existencia, estuvo lejos de ser una solución para los problemas de la izquierda. Es cierto que supuestamente teníamos un Programa; pero la ausencia de conocimientos de economía política en la casi totalidad de los componentes de la Asociación, nos conducía a tener una actitud de aceptación respecto a los desarrollos teóricos de Guillermo Rousset. A mi manera de ver las cosas, el Programa de la ARE no era, en el mejor de los casos, sino una proposición, un pre-proyecto de Programa que debía servir de materia prima para una discusión profunda; pero la mayor parte de nosotros, si es que no todos, estábamos incapacitados ya no digamos para discutir y criticar esos planteamientos sino ni siquiera para entenderlos adecuadamente y a cabalidad. Además de la ausencia de un equipo teórico pertinente y de una línea educativa eficaz, la ARE se caracterizó por su incapacidad para hacer trabajo de masas, por su disciplina relajada y su falta de claridad en la línea política, la estrategia y la táctica. Tener reuniones, a nivel de la Dirección, para discutir y anatematizar un sabroso cuento de José Agustín

publicado por Juan José Arreola en que se hacía un retrato satírico de Guillermo ("Los negocios del Sr. Don Filiberto) no nos ayudaba de modo especial en nuestros quehaceres políticos. A pesar de la existencia de los desarrollos teóricos (que ostentaban el pomposo nombre de Programa), la organización, incapacitada para comprender la metodología con la cual se habían adquirido dichos puntos de vista y para asimilarlos de verdad, tendió a convertirse en un grupo practicista más. Característica ésta que se convirtió en definitiva cuando, por causas que no tiene sentido mencionar en este lugar, Guillermo se vio en la necesidad de abandonar la Asociación y hasta el propio país. Mi separación de la ARE no fue menos accidentada que mi salida de la Liga Leninista Espartaco (LLE).

La reunión comenzó puntualmente. Nos hallábamos en uno de los departamentos de uno de esos multifamiliares que infectan la Ciudad de México. Se nombró el presidente de debates y se diseñó la orden del día. Comenzó el intercambio de ideas sobre el destino de la Asociación. Jaime Labastida y yo, durante la primera parte de la sesión, hablamos con insistencia y apasionadamente. La mayoría nos escuchaba con reticencias y malhumor. La discusión subió de punto. Todos los oradores intervenían de manera acalorada. Hubo un momento en que más

que una confrontación de opiniones parecía un duelo de ladridos. Jaime y yo guardamos silencio y volvimos a una práctica que en varias ocasiones habíamos empleado en nuestra vida política: pasarnos, en pequeños pedazos de papel, las opiniones sobre lo que estaba sucediendo. Recuerdo varios de esos recados: "No tiene sentido seguir discutiendo con estos monstruos". "No más concesiones a los practicistas". "Abandonemos el actual trogloditismo político y busquemos una nueva perspectiva". Después de votarse en contra nuestra no recuerdo qué proposición artesanal y practicante, a contrapelo del espartaquismo, y tomando en cuenta el contenido de nuestro último trozo de papel, Jaime y yo nos levantamos y anunciamos nuestra salida no sólo de la sesión y de la casa en que nos hallábamos, sino de la organización en que veníamos militando. Cuando abrimos la puerta y dejamos el departamento, se produjo un revuelo a nuestras espaldas y recuerdo varias voces destempladas y neuróticas que gritaban: ¡enemigos de la clase obrera! ¡Pequeño-burgueses reaccionarios! Y otras lindezas de las que, por asepsia espiritual, no quiero acordarme. La escisión con la ARE padeció, pues, no sólo de la presencia de un perro, sino de una jauría.

En 1966, la célula leninista Carlos Marx -donde se agruparon José Revueltas, Eduardo Lizalde y otros compañeros desde su separación de la Liga hasta el estallido del movimiento del 68- invitaron a todos los grupos espartaquistas a una Mesa Redonda. La invitación verbal a este evento, llevada a cabo por Eduardo, no dejó de ser pintoresca y muy característica del modo de hacer política por aquella fecha de Pepe y Eduardo. Nos dijo Lizalde: "los queremos invitar a una Mesa Redonda fundamentalmente con el propósito de dividirnos bien". A continuación nos

explicó que tanto José como él no se hacían la menor ilusión respecto a la posibilidad de una reunificación del espartaquismo en México. Por eso la Mesa Redonda no podía estar animada de la idea, que resultaba utópica, de la reagrupación de los espartaquistas. Tomando en cuenta, por otra parte, que nuestras escisiones habían sido atropelladas y confusas, faltas de un verdadero esclarecimiento teórico-político, el propósito central de la Mesa Redonda debía consistir en fijar con precisión nuestras diferencias. Lizalde concebía las reuniones como una especie de Asamblea en que varios países discuten no la posibilidad de unificarse o confederarse, sino los problemas fronterizos que han surgido entre ellos. Si mal no recuerdo, asistimos cuatro grupos espartaquistas: José, Eduardo y Juan Manuel Dávila (por la célula leninista Carlos Marx) Santiago

González y yo (por el grupo recién escindido de la ARE), Pancho González, Armando Bartra y Virginia Gómez (por la Liga Leninista Espartaco a punta de desaparecer) y algunos representación del espartaquismo regiomontano. José Revueltas escribió un documento que fue leído por todos y comentado ampliamente. Lizalde tenía razón: el intercambio de ideas sobre este texto nos ubicó en diferentes sitios, en posiciones divergentes, en concepciones teórico-políticas deslindadas. Yo elaboré un escrito en que discrepé punto por punto del de José. Revueltas, asombrado un tanto de la andanada de argumentos que habían brotado de mi pluma, soltó esta frase que en nada me favorece, pero que no quiero dejar de registrarla: "En verdad, Enrique tiene una envidiable capacidad para hacer teorías falsas". A la mitad de una de las reuniones que se llevaron a cabo entre las diversas agrupaciones espartaquistas, Pancho González y Armando Bartra anunciaron la fusión de su organización con otros dos grupos y el nacimiento de la Liga Comunista Espartaco (que no debe ser confundida con la Liga Leninista Espartaco) que es uno de los antecedentes de la izquierda maoísta mexicana conocida con el nombre de línea de masas. El practicismo de la nueva Liga resultaba evidente y así lo hicimos notar, aunque desde diferente punto de vista, los integrantes de la célula Carlos Marx y los disidentes de la ARE.

Mi crítica a la ponencia de Revueltas dio origen a un texto que tuvo en un momento dado cierta importancia: el escrito ¿Por dónde empezar? A este documento se le conoció con el nombre de El esquema y a partir de él se conformó una de las tendencias del espartaquismo: la conocida con el nombre de espartaquismo integral (EI). En el documento ¿Por dónde empezar?, escrito en 1965, se expone, en sus lineamientos lógicos esenciales, el contenido de dicha posición política. En él se pone de relieve la diferencia entre el antiguo espartaquismo (el que se incubó en la célula Marx) y el EI. El nuevo espartaquismo tenía la pretensión de abandonar la adolescencia, el romanticismo de la dorada juventud, la ensoñación voluntarista del juguete nuevo. Quienes nos agrupamos en la nueva tendencia (a la que dábamos el curioso apelativo de "la Perspectiva") subrayábamos que el viejo espartaquismo, o el espartaquismo revueltista, tenía la virtud indudable de denunciar la irrealidad histórica del PCM y pugnar por la creación de un verdadero partido de la clase obrera en México. Pero opinábamos que si había hecho lo primero de manera concreta (mostrando hasta el nivel teórico necesario dicha irrealidad), planteaba lo segundo (la lucha por la creación del partido) de modo abstracto. La ausencia en la política mexicana de un partido que expresara los intereses a corto,

mediano y largo plazo de la clase obrera y los campesinos, nos parecía un hecho indiscutible. Las usurpaciones habían sido denunciadas de raíz y de una vez para siempre, pues, como lo dije en alguna ocasión, "aunque el PCM se vista de seda, irreal se queda". Pero si bien el reconocimiento de la inexistencia histórica del Partido era indispensable para iniciar su proceso gestativo, no podía identificarse sin más con este proceso, de la misma manera que la conciencia de que carecemos de un guiso succulento, y de que querríamos contar con él, no equivale ni a la receta ni a la realización práctica de la misma. Pensábamos que la Liga Leninista Espartaco, consciente de la irrealidad histórica del PCM, había nacido para luchar por la creación del partido; pero que si dominó en lo esencial el aspecto denunciador (de la irrealidad histórica), no tuvo claridad en lo que se refiere al aspecto constructivo. Resquicio éste por el que, creíamos, se habían introducido los sueños, la fantasía, el utopismo voluntarista. Pensábamos que la Liga había tenido que perecer víctima de la inexistencia en su seno de un "espartaquismo integral", esto es, de un espartaquismo que reuniera al aspecto denunciador del carácter irreal del PCM, una teoría correcta (y una práctica adecuada) de la creación del partido de la clase obrera en México. Estábamos convencidos, pues, de que era falso que se pudiera deducir lógicamente del concepto de "inexistencia histórica" del PCM la forma de construirlo.

El EI tuvo la pretensión de elaborar una teoría de la creación del partido que abandonara las vaguedades del primer espartaquismo. El documento ¿Por dónde empezar? muestra, en efecto, de manera "esquemática", que el proceso de creación del partido implica tres grandes etapas:

1. Conciencia comunista desorganizada o movimiento comunista disperso.
2. Conciencia comunista organizada.
3. Partido-vanguardia. (Consúltese el apéndice I)

Como la razón fundamental (no la única) de la irrealidad histórica del partido era, de acuerdo con el Esquema, la irrealidad teórica del movimiento comunista, la lucha por conferirle realidad al partido pasaba necesariamente, a nuestro entender, por la de darle realidad a la teoría, esto es, por la realización de un análisis científico de la realidad nacional a partir del cual se pudieran deducir la línea política, la estrategia y la táctica revolucionarias.

El Espartaquismo Integral (al frente del cual, en su inicio, nos hallábamos Jaime Labastida, Uriel Aréchiga, yo mismo y algunos

otros compañeros) atravesó varias etapas, convulsiones y crisis. Hacia 1972 me vi de nuevo envuelto en una lucha interna (contra el sector de la agrupación encabezado por Labastida) que culminó en diciembre de 1973 con la escisión de nuestro pequeño grupo, por obra y gracia de ese proceso de “divisionismo irrefrenable” que caracterizaba al movimiento “grupuscular” del momento, en dos mini-grupúsculos que reproducían, corregidos y aumentados, los ancestrales y nunca olvidados sentimientos de Caín por Abel. (Consúltese el apéndice II)

LA REVOLUCIÓN ARTICULADA

Mis concepciones actuales filosóficas parten, pues, del marxismo. Si por marxista se entiende el que repite como loro lo que dijeron Marx y Engels, yo no soy marxista. No soy un repetidor, un eco o una caricatura del discurso de los dos grandes socialistas. Si por marxista se entiende, por lo contrario, el que arranca de las aportaciones científicas de aquéllos y que, intentando pensar las cosas con su cabeza, pretende encontrar respuesta a preguntas que ellos no se hicieron o a las cuales no pudieron contestar de manera adecuada, entonces sí soy, y de la manera más resuelta, un marxista. Mi tesis de la clase intelectual, por ejemplo, parte de la convicción de que a Marx le asiste la razón en su teoría del valor y la plusvalía, es decir, en la teoría de la explotación del trabajo ajeno. A partir de ese supuesto yo propongo caracterizar, basándome en una serie de consideraciones objetivas, a la intelligentsia como una clase social. Mi tesis es, pues, una proposición ternaria porque piensa que la sociedad burguesa que nos ha tocado vivir se halla conformada, no sólo por el capital y el trabajo manual, sino también por los intelectuales (asalariados o no). Mi tesis ternaria se halla encaramada, por así decirlo, en la concepción

binaria de Marx. Mi proposición carecería de sentido si no tuviera tras de sí las aportaciones científicas del marxismo.

Una vez que me liberé del marxismo dogmático, que logré evadirme de la cárcel del socialismo doctrinario, me dediqué a la tarea de pensarlo todo basado en mis propias fuerzas o mis propias debilidades. El primer fruto de esta decisión, de esta actitud fue, como he dicho, la elaboración de la tesis sobre la clase intelectual y sus muchas y muy importantes implicaciones. Pero mi energía investigadora no se congeló en este punto, sino que continuó y lo sigue haciendo, en diferentes aspectos, líneas, rumbos. Resultado de todo ello es la concepción de una idea, que es convicción y proyecto, teoría y acción, programa y anticipación, concepto y regla de vida, a la que he dado el nombre de revolución articulada (RA). El núcleo central de esta idea es el convencimiento, que se me ha ido esclareciendo cada vez más, de que las diversas esclavitudes que sufren el hombre y la mujer contemporáneos -en especial los y las menesteros@s y marginado@s- tienen tras de sí una o más de las muchas formas que puede asumir la propiedad privada. La esclavitud económica se basa en la propiedad privada de los bienes de producción, la cultural en la de los conocimientos, la sexual y familiar en la de las personas, la socio-autoritaria en la del poder y la chauvinista

en la de la nación (por parte de la clase dominante). La revolución articulada tiene la pretensión, por eso mismo, de luchar por una especie de comunismo integral, vale decir, por una sociedad en la que, de acuerdo con las propias peculiaridades de cada campo, se socialice una propiedad que aparece como privatizada en cada uno de los ámbitos descritos. La revolución articulada hace referencia, entre otras, a las revoluciones: económica, cultural, sexual-familiar, antiautoritaria e inter-nacionalista. No es solamente un programa para el futuro, para después de la revolución socialista, sino que lo he concebido para ahora, como un laboratorio de comunismo que pretende anticipar, aunque sea embrionariamente, la sociedad desenajenada futura. Siento que debe trabajarse mucho, tanto desde el punto de vista teórico cuanto bajo el aspecto práctico, para que tenga solidez esta teoría. Algo se ha hecho, sin embargo, al respecto. Fundamentalmente yo, pero también un grupo de compañeros, hemos puesto manos a la obra y hay algunos resultados interesantes. He trabajado con intensidad en el concepto de revolución cultural, menos en el de la revolución sexual-familiar, muy poco en el de la revolución antiautoritaria y en la de la internacionalista y casi nada en la revolución económica de nuevo tipo. Si el estudio, el análisis, la investigación teórica de la revolución articulada está en pañales, su experimentación práctica deja todavía más que desear. Yo me

he hecho, sin embargo, el firme propósito de dedicar lo que me reste de vida al esclarecimiento teórico y, en lo posible, a la realización práctica del conjunto de revoluciones de cuya cristalización depende la desenajenación social. La revolución articulada es, pues, mi programa esencial de filosofía política.

De la revolución articulada deseo destacar, por las repercusiones que ello tuvo sobre mi vida personal, una parte: la revolución sexual-familiar. Para mí, durante muchos y largos años, no existía el problema de la opresión femenina por parte del hombre. Era consciente de la explotación de los obreros y campesinos por los capitalistas y el Estado y de las naciones subdesarrolladas por los grandes imperios. Era consciente asimismo, de la expoliación de las minorías nacionales por las mayorías, etc. Pero, y en esto hay algo sospechoso en lo que se refiere a mi carácter y educación, el problema de la mujer, si es que pensaba en él, me dejaba indiferente. He compartido y sigo compartiendo con la mayor parte de los integrantes de mi género, un machismo inconfundible. Con los privilegios masculinos, que hunden sus raíces en la historia secular de los pueblos, me ha sucedido algo semejante a lo que me pasó con los intelectuales. He vivido tan inmerso en ellos, he disfrutado tan ostensiblemente de su presencia, que no he tenido otro camino para renunciar a sus

ventajas, o al menos para ponerles coto, que denunciar su estructura, su funcionamiento, su papel social, y no sólo en mí, sino en quienes como yo, hemos sido depositarios de los prejuicios, la ideología y las prerrogativas del sexo "fuerte" en el mundo que nos rodea. No sólo existe la propiedad privada de los medios de producción, no sólo vivimos en un mundo en que unos cuantos monopolizan el saber, sino que también existe la apropiación, la propiedad privada de las personas. Posesividad de cosas, de ideas, de individuos. El hombre poseyendo a la mujer y la mujer al hombre, Vivimos el reinado de la interposesionalidad. El hombre es, sin duda, el mayor beneficiario de este estado de cosas. Su dominio, su colonización, su dictadura se ejerce a ojos vistas.

Si la propiedad privada de instrumentos materiales y de ideas conlleva la enajenación y el distorsionamiento humano, la propiedad privada de personas es un escándalo; es la esclavitud moderna, edulcorada por un disfraz torpe y ridículo. Y esta esclavización de unos por otros no es algo fortuito, excepcional y extraño, sino el pan nuestro de un día sí y otro también. En un estado de ánimo crítico y autocrítico, me puse a redactar un puñado de ensayos sobre el tema en cuestión con la idea de publicarlos oportunamente en un libro. Escribí, además de un

estudio sobre el feminismo, dos textos sobre la relación amorosa: uno con el nombre de La pareja y otro con el de El convenio de libertad. ¿Qué sostenía en estos dos artículos?, ¿qué sucedió con ellos? y ¿qué planes tengo en la actualidad respecto a las ideas que enarbolan?

DELETREAR EL INFINITO Y PUGNAR POR LA REVOLUCIÓN

Dos pasiones. La de la poesía, por un lado, la de la filosofía, por otro. Bigamia inexorable, sin taxativas y sin sentimientos de culpabilidad. La vocación poética se me espiga a partir de los amores que tuvieron un día genética y ambiente. Heredero de una cierta manera de expropiar el delirio de los pájaros (Yo, señores, nací con la herencia / de no sé cuántos líricos genes), viví entre bibliotecas, sonetos y metáforas y, en ciertos senderos ocultos, el relato puntual del cisnecidio. Producto de mi promiscuidad con las musas, fue mi prehistoria poética: dos libros deformes, contrahechos y lisiados; una indudable contribución a la teratología. Pero, como culminación de mis trabajos y mis días, arribé finalmente a mi mundo, a la órbita que me pertenece en “propiedad privada”: llegué a Para deletrear el infinito, a su realización primera (el libro que publiqué en 1972) y a su reconfiguración paulatina, gradual y obcecada, en varios textos escritos y publicados con posterioridad, y al término de los cuales, me encuentro casi al final de un proyecto acariciado desde hace tiempo: el de rehacer el poemario que acabo de

mencionar, mediante la conversión de cada canto de éste en un libro entero, destinada a estructurar un futuro Para deletrear el infinito II.

Ahora, en 2014 y habiendo cumplido 85 años, veo que no sólo mi proyecto de deletrear el infinito se completó, con algunas cualidades y muchos defectos, sino que he realizado a plenitud otro ciclo de producción poética, tan amplio y ambicioso como el precedente, del que hablaré más tarde.

Hace años, la poesía me llevó a la teoría poética (el poeticismo fue ese charco de tinta adolescente en que abrevó mi pluma), la teoría poética me condujo a la Estética y esta última me entregó en brazos de la filosofía. Me enamoré platónica-mente de las cosas, esto es, de sus ideas. El ir directamente, con firmeza y elegancia, de las premisas a la conclusión, me produjo el orgasmo de la lógica, la demencia de pellizcar la verdad. Pero mi filosofía, que era una nube más, fue descendiendo poco a poco de la curva azulada de lo abstracto, hasta volverse luz y pie de página de la carne y el hueso en los que andamos. Fue mi salto desde Kant y desde Hegel hasta el valle de lágrimas violentas del marxismo. Si el resultado de mi poetizar es, entonces, el afán de deletrear el infinito, la consecuencia de mi filosofar no es otra que la ***Revolución articulada***. Mi poesía Deletrea el infinito; mi

filosofía, más que nada política y enrolada en otros compromisos, se empeña en esclarecer y realizar la Revolución articulada. Dos pasiones. La de hacer una poesía que balbucee el infinito, que le robe secretos, que le arroje preguntas con su honda, y que hasta sueñe, en fin, con practicarlo. Y también la de volcarse sin recelos a una filosofía política que, consciente de que los hombres y mujeres sólo podrán emanciparse si, y sólo si, condenan a las armas la propiedad privada de utensilios, ideas, personas y poderes afirma la necesidad de una Revolución articulada y no de una revolución “económica” que supuestamente traerá por añadidura el aniquilamiento de las diversas esclavitudes que hoy por hoy nos enajenan.

Mi poesía y mi filosofía no van por derroteros separados, como unas paralelas perpetuamente inconexas porque la fatalidad fija su alejamiento. Mi poesía y mi filosofía se interpenetran. En Para deletrear el infinito, mi programa poético, aparece, y hasta a veces se roba la escena, mi vocación filosófica: hace acto de presencia la filosofía en general y la filosofía política en particular. El puesto del hombre en el cosmos y el puesto del cosmos en el hombre en la Revolución articulada, mi programa filosófico-político, irrumpe, con pelos y señales, mi vocación poética: mi gusto y mi necesidad de pensar con imaginación, con

fantasía. De ahí que me repugne el dogma, la cárcel de los zafios y los pobres de espíritu. Amo, pues, la herejía, la búsqueda de lugares inéditos aunque se tenga que morir en la cruz de una cicuta.

En la actualidad [hablo en realidad de varias décadas antes de ser octogenario], en mi interior, no sólo se hallan la poesía y la filosofía interinfluyéndose, interpenetrándose, sino que tienden a identificarse. Lo diré de esta forma: pugno por la Revolución articulada para poder un día Deletrear libremente el infinito. Mis dos pasiones se me están convirtiendo, pues, en una. Mi corazón dejará de tener dos rostros, como Jano, para acurrucarse nuevamente en la monogamia. Se sabe que una filosofía sin intermitencias extrañas sólo es posible en una sociedad desenajenada y sin clases. La Revolución articulada pugna, en consecuencia, por colonizar esa tierra de todos en que la filosofía no sufra perturbaciones exóticas y en que incluso, dejemos de padecer como bestias para hacerlo como humanos. La Revolución articulada se propone la conquista del lugar en que podamos Deletrear el infinito de manera activa, lúcida, desalienada, y no, como aquí y ahora, a la manera del canario que suelta sus entrañas cargadas de poesía a través de una garganta cancerosa.

UNA APROXIMACIÓN AL CARÁCTER DE MIS HIJOS.

Graciela y yo trajimos al mundo tres hijos: Enrique, Graciela y Guillermo. Al nacer éste, tomamos la decisión de interrumpir definitivamente la procreación. De ahí que cuando se me preguntaba: “¿cuál es el nombre de tu hijo recién nacido?” respondía tajantemente y con plena convicción: se llama punto final. Mi afán de paternidad, un sí es no es irresponsable, no quiso seguir haciendo de las suyas y decidió sentar cabeza. Graciela fue copartícipe, desde luego, de la decisión.

Enrique fue un niño hermoso, sosegado e imaginativo. Nació bajo el signo de Euterpe, la de la voz dulce, el ritmo en el cerrar de párpados y el revuelo de sonidos armónicos en el movimiento del cabello. La poesía que, como antorcha, había pasado de mi abuelo a mi padre y de mi padre a mí mismo, se convirtió en música al transitar a las manos del cuarto Enrique /Y también, desde luego, a las de Memo, gran guitarrista/. La vocación de Enrique tiene, a no dudarlo, antecedentes que conviene mencionar. Graciela y yo éramos a tal grado melómanos, que el

dinero que habíamos reunido para el anillo de bodas lo invertimos, de común acuerdo, en la adquisición del Elías, el gran oratorio de Mendelssohn. Al igual que los de sus hermanos, los oídos de Enrique, durante toda su niñez, absorbieron tanta música, o casi, como sus pulmones oxígeno. Desde bebé, Enrique se vio rodeado, además de sus sonajas, juguetes y libros de cuentos, de la presencia continua, a través de la radio o el tocadiscos, de la “música clásica”, romántica y moderna. Vivaldi, Bach, Haendel, Haydn, Mo-zart y Beethoven, Berlioz, Ravel, Stravinsky, para no mencionar sino algunos, conformaban la atmósfera del cuarto en que fue creciendo mi hijo mayor. Estoy convencido de que sus primeras sensaciones, sus primeros pasos, sus iniciales pensamientos se hallan asociados a tal o cual melodía, a tal o cual pasaje orquestal, a tal o cual música de cámara, a tal o cual suspiro de violín.

Al paso del tiempo, el carácter dulce y sensible de Enrique se fue transformando en más rico y profundo: pero también en más complejo y atormentado. El conflicto primero y la separación después de Graciela y yo no dejaron de influir, como en sus hermanos, en esta transformación. La educación recibida lo hizo entrar en choque con los valores sociales, artísticos y religiosos establecidos. En la dificultad de tender puentes con muchos de

sus compañeros de escuela, con algunos de sus parientes, con buena parte de su medio ambiente o, por último, con la mayor parte de los integrantes de su grupo social, se refugió en sus gustos, su vida interior, sus vivencias y aspiraciones. Tengo la impresión de que, si bien rechazó tajantemente la moral filistea, la hipocresía reinante y el plexo de valores del sistema social que nos ha tocado vivir, no ha podido adueñarse del todo de una nueva concepción de la existencia. Esta es una de las razones por las cuales durante mucho tiempo sintió que se le escapaba de entre los dedos el sentido de la vida. Sensación que, me sospecho, no ha desaparecido de él totalmente y que me imagino como el vértigo que se siente al hallarse parado en medio de una borrascosa incertidumbre. Es imposible permanecer en este infierno, tener el alma en un hilo y con éste formar un eterno nudo en la garganta. Hay que buscar una salida. Y Enrique lo ha intentado hacer, auxiliado por lejanos procesos de la agricultura, la siembra, la cosecha y la fermentación, entrechocando una y otra vez los vasos con su propia neurosis, su sensibilidad exacerbada y su sentimiento trágico de la vida. Todo laberinto está plagado de salidas falsas, puertas ilusorias, espejismos recurrentes. Y Enrique no ha logrado, ni podrá hacerlo si continúa por esa ruta, trazar una línea de demarcación entre su espíritu “noble y sentimental” y el vendaval del sufrimiento. Pero ahí están la música, la capacidad

de amar y ser amado, la afición, cada vez más profunda y acendrada, por la arqueología, el mundo precolombino, la antropología física y social. Y ahí están, a la mano, su gran inteligencia, su espíritu creativo, su imaginación envidiable. No ignoro la acechanza de obstáculos, dificultades, perturbaciones. Pero sé que Enrique, si decide arremangarse el brazo, si se halla dispuesto a “darse en la madre” con todos los monstruos que lo rodean, podrá objetivarse más plena y radicalmente, más clara y contundentemente, en fin, de un modo más ajustado a sus enormes capacidades de realización artística y humana. En estas apreciaciones no hay, creo, el moralismo superficial y chabacano de un padre que decide darle consejos a su hijo. No hay tampoco la observación bienintencionada que pudiera salir de un amigo. Es la impresión razonada de alguien que está convencido de que el cuarto Enrique, independientemente del parentesco que nos liga, o del afecto que existe entre nosotros, tiene la posibilidad de hacer una obra significativa, quizás importante, quizás señera, y de realizarse a cabalidad en esta producción. Sé, desde luego, que el camino no es recto, sino sinuoso, que no se halla pavimentado sino lleno de piedras, espinas, codazos y egoísmos; pero tengo la convicción de que Enrique es no sólo de buen oído sino de buen pie y que, si se lo propone, si verdadera, profunda, tenazmente se lo propone, tendrá seguramente el buen éxito que su padre de todo corazón le desea.

Estas páginas melancólicas y optimistas fueron escritas hace muchos años. Enrique, a pesar de sus confusiones y titubeos, era una verdadera promesa como artista y como hombre de bien. Ahora, al releer lo escrito, y siendo un viejo con 86 años encima y el indescriptible dolor de haberlo perdido (falleció en 2008, hace 7 años), medito en lo que escribí en ese pasado remoto, caigo en cuenta que la descripción que hago de él es muy débil y epidérmica y advierto que mi conducta y actitudes emprendidas para coadyuvar a que terminara por vencer sus problemas, eran tan ilusorias como ingenuas. Poniendo entre paréntesis la posibilidad de que haya heredado ciertas tendencias o condicionantes genéticos -sobre lo cual mi ignorancia no me permite pronunciarme-, creo que su sensibilidad exquisita y su fragilidad enorme, junto con el falso derrotero que asumiera como solución (el alcohol y otras drogas) lo empujaron al lamentable trayecto semi-lumpenizado en el que se hundió por algún tiempo y al amargo y doloroso desenlace en que terminó.

Era de por sí un muchacho inseguro e introvertido que encontró, como dije, en el consumo de bebidas alcohólicas la manera de desinhibirse y desencadenar el riquísimo potencial de su vida interior. En las primeras fases de la ebriedad, le daba rienda

suelta a su arrolladora simpatía y a su personalidad carismática que le ganaba el aprecio, la admiración y la solidaridad de cuantos lo rodeaban. Víctima de la timidez, las fiestas, las tertulias y las reuniones políticas lo cohibían y hasta la ejecución musical en público -él que era tan buen violinista- no pocas veces le producía un pavor escénico perturbador. El alcohol, en estas circunstancias, venía en su ayuda y le permitía manifestarse con libertad y hacer patente ante todos su riqueza espiritual. Pero también, cuando lo ingería en exceso, entorpecía su ejecución y desvirtuaba su envidiable capacidad de auto-expresarse espiritualmente en el instrumento de Tartini, Locatelli, Paganini o Yehudi Menuhin. A pesar del efecto bienhechor que durante un tiempo le producía la bebida, acabó por estar consciente de que el alcohol literalmente lo envenenaba y ello lo hizo tomar la resolución varias veces de abandonar el vicio. Alguna vez dejó de tomar no meses, sino años y un cierto entusiasmo se apoderaba de él al sentirse capaz de entablar una lucha cuerpo a cuerpo con la drogadicción y salir victorioso; pero en esas etapas de sobriedad forzada, sobrevénia invariablemente un cambio de personalidad: el Enrique no alcoholizado se tornaba serio, triste, nuevamente tímido y desubicado y, como a él mismo le resultaba insoportable este estado de ánimo tedioso y gris que le cercenaba la euforia y, ay, la expresión de la riqueza psíquica

y espiritual que atesoraba, empezaba a ingerir marihuana y otras drogas más fuertes con el objeto -se auto-justificaba- de contrarrestar el efecto negativo de haber puesto a raya la dipsomanía .En momentos de supremo declive, intentaba de pronto arremangarse los brazos, ser un luchador y tratar, despellejándose, de salir del hoyo. No quiso acercarse nunca, a pesar de los repetidos consejos que se le daban al respecto, a Alcohólicos Anónimos .No es que rechazara los propósitos y la eficacia de esta organización, sino que le repugnaban los fundamentos religiosos o espiritualistas con que esta institución intenta fortalecer el ánimo de los enfermos para salir del pantano. Él creía poder hacerlo solo, basado únicamente en su fortaleza humana y se oponía a la idea de que la “droga espiritual” lo salvara de la “droga terrena”.

Buscó ayuda, por poco tiempo, en el psicoanálisis. Pero ni el analista cumplió el papel terapéutico que debería de haber ejercido, ni Enrique acudió a las sesiones con la actitud adecuada para que el tratamiento tuviera buen éxito. El analista, olvidando su papel profesional, acabó emborrachándose con su paciente y truncando las posibilidades terapéuticas que se presentaran con la anuencia de Enrique a psicoanalizarse. Mi hijo, por otra parte, al presentarse a las sesiones con la errónea idea tradicional de que el analista es “el

médico de las almas”, dejaba en manos del facultativo su salud mental y no supo comprender que en el psicoanálisis el factor fundamental de la terapia es el trabajo interior y doloroso que hace uno mismo -con ayuda, claro, del clínico-para la auto-recuperación.

En la lucha a brazo partido de Enrique entre la drogadicción y el ansia desesperada de salir del pozo, acababa siempre por triunfar el vicio. ¿Por qué pasaba esto? ¿Qué es lo que en el fondo le ocurría? ¿Por qué desde muy joven se sumergió en las más dolorosas contradicciones? Lo paraísos artificiales le se fueron convirtiendo en círculos infernales y desdoblaron su personalidad. Y lo hicieron en dos sentidos: primeramente, en un Enrique sensible, espiritual, tierno y después en otro violento, sarcástico, demoníaco. El segundo surgía cuando había ingerido alcohol en demasía y se enconaba contra sus seres más queridos (madre, padre, hermanos...). El primero se presentaba al inicio de su acción de beber o cuando se hallaba en una etapa de abstinencia. La violencia contra sí mismo no fue la causa determinante de su muerte, pero sí, por el perpetuo descuido de su salud, un factor importante que condicionó su desenlace.

Al final quiso luchar, trató de medir sus fuerzas contra una enfermedad incurable, advirtió que, lejos de desdeñar la vida,

la amaba profundamente, y, convertido en guerrero, trató con furia de defenderse de la inexorable sombra que se acercaba; pero era demasiado tarde. Hombre talentoso y con muchas disposiciones, como he dicho, podría haber hecho algo importante en la vida. Pero, ay, este valioso porvenir se malogró por una serie de circunstancias adversas que lo invadieron e inmovilizaron. Es posible o, mejor, seguro que una parte importante de responsabilidad por lo acaecido recaiga en su padre y su madre, en la incapacidad que mostramos, a pesar de nuestro enorme cariño por él, para reorientarlo y prestarle una beneficiosa ayuda. Para hacer un retrato fidedigno de su compleja personalidad y de los factores perturbadores o condicionantes, habría que recurrir a la psicología profunda y, por diversas razones, entre las que se encuentra mi familiar cercanía con él, no me siento capaz de hacerlo.

Mi hija Graciela siempre ha sido tan hermosa en su interior como en su exterior. Frente a tantos individuos que personifican o llevan a cuestras una contradicción brutal, una discordancia sorprendente entre lo psíquico y lo corporal (de tal manera que un cuerpo contrahecho y repugnante puede ser la envoltura de un alma bella, en tanto que una conformación somática grácil, deliciosa y bien proporcionada la de un nido de víboras), mi hija

vive una plena armonía psicosomática. Bella por dentro, bella por fuera. Algo así como ver en la forma el contenido o en el fenómeno la esencia.

Quizás tenga sensibilidad y dotes creativo-literarias. No sé. La música le atrae, le seduce. Pero no es, como para Enrique y Memo, su debilidad primordial ni la razón de ser de su paso por el mundo. **Ahora (en 2016 y 2017) dudo de esta afirmación, ya que Graciela se ha dedicado a cantar en algunos coros y a estudiar piano.** En cambio, creo hallar en ella, aunque no asumida, cierta vocación literaria, que se evidencia en su disposición para la buena escritura, la frase exacta, la oración elegante. Pero desde niña, desde adolescente, no le encuentra, o dice no encontrarle, sentido a la vida. **Tal vez esta desorientación, llamémosle existencial, fue un agudo problema de su juventud: porque ahora, ya grande, ya graduada de antropóloga y maestra universitaria, la veo más asentada y con un proyecto de vida tal vez más claro y con menos zozobra.** Como muchas personas sin creencias religiosas dogmáticas, desde muy joven se sentía arrojada al mundo quién sabe desde dónde y quién sabe para qué. El medio ambiente la sobrecogía, la asombraba, la llenaba de perplejidad. Lo mismo le daba hacer una cosa que otra. La supuesta equivalencia existencial de las decisiones le aterraba. Quería interesarse en los problemas,

involucrarse en tales o cuales acciones, pero siempre, a la larga a a la corta, acababa presa de la indiferencia y en desinterés. Siento que hay en ella, como en todos los individuos que le piden un sentido a la vida, un lastre metafísico inconsciente. Estoy convencido de que ni la naturaleza, ni la sociedad, ni el pensamiento **tienen en realidad sentido**. El sentido de las acciones, las obras, los problemas surge única y exclusivamente de los individuos de carne y hueso. El significado es la finalidad, el *telos* con que se hace algo y, por eso, el sentido del sentido, si se me permite decirlo así, no puede rebasar al ser humano y sus proyectos, sus obras y sus criaturas. Pero Graciela **-la Graciela joven-** no se cansa de demandarle un sentido a la existencia y no se fatiga de tropezar con el estupor, el desagrado y el vértigo de no hallárselo. El día en que haga suya la convicción de que los hechos, acciones circunstancias no ocurren porque alguien o algo, operando a nuestras espaldas o al margen de nosotros, ha decidido que tengan lugar (para responder a no sabemos qué fines inescrutables) sino que el sentido de nuestra existencia y de nuestro papel en el mundo parte de nosotros mismos, se modificará, creo, su actitud frente a su medio ambiente y su vida cotidiana. **La "visión" que tengo aquí de Graciela cuando era muy joven quizás no corresponde a la realidad, sobre todo tomando en cuenta su vida posterior y los logros que ha**

obtenido. Pero no puedo dejar de lado que era la impresión que me dejaba en aquel entonces en su trato cotidiano conmigo.

Estoy convencido, por otro lado, de que mi imagen le pesa mucho. De alguna manera, he llegado a encarnar el conjunto de valores intelectuales, éticos, artísticos que ella admira de verdad. Graciela, durante buena parte de su vida, se ha dedicado sin piedad ni medida, a idealizarme. Los psicólogos y psicólogas a quienes ha visto, le han puesto en claro este problema. Y ella, razonándolo, viviéndolo como se "vive una fórmula matemática", lo tiene plenamente localizado y sabe de las razones de su formación. Pero una cosa es la conciencia, y otra el inconsciente, una el humo y otra la recóndita fogata que lo produce. Por eso no ha sabido y continúa sin saber cómo ubicarse frente a la imagen paterna, tan granítica y pesada. Estoy cierto de que siente la necesidad de romper conmigo, de desligarse de mis patrones de conducta, de elegir distintos valores, de hacer suya una concepción de la vida que responda a sus propios y más intransferibles sentimientos. Sé que querría en ocasiones coincidir conmigo, pero no por la imposición de tales o cuales opiniones o pareceres, sino porque su propia dinámica la conduzca a ello. Pero este problema, que no es otro que el requerimiento de conquistarse a sí misma, no lo tiene resuelto

del todo. No sabe cómo romper conmigo y conquistarse a sí misma sin correr el riesgo de perderme. Ojalá que en este viaje redondo por sí misma arribe un día, y a la mayor brevedad posible, a la convicción de que romper conmigo no significa perder a su padre, sino acercarse más que nunca a él, ya que mi anhelo fundamental respecto a mis hijos no es que sean una caja de resonancia de mis inquietudes e intereses, sino que encuentren su propio trayecto, den con su vocación y se hallen así mismos.

Mientras Enrique y Graciela crecieron a mi vera, Guillermo lo hizo al lado de su madre, de la cual me separé (antes de divorciarnos) cuando me fui a vivir a Tlatelolco. Durante mucho tiempo, mi tercer hijo fue mi dolor de cabeza, mi inquietud siempre renovada, mi preocupación insoslayable porque lo sentía lejos de mí tanto física como espiritualmente. Por fortuna, y como tenía que ser, el día menos pensado tuvo lugar nuestro encuentro. El "descubrió finalmente a su padre", como dice, y yo "di por fin con mi hijo". Fue un encuentro realmente afortunado porque Memo y yo congeniamos profundamente, somos camaradas y somos amigos.

Guillermo es un muchacho alto, delgado, de mirada bella y profunda, nariz recta, labios carnosos, pelo castaño y simpatía que le brota por los cuatro costados. Desde muy pequeño era un

chiquillo sumamente gracioso, amable y de sangre liviana. Recuerdo una anécdota que evidencia lo anterior: cuando Memo contaba alrededor de tres años, y a la voz de "sea machito", yo jugaba frecuentemente con él, entre otras cosas, a lo que podríamos llamar "el fingido pugilato entre el palo y su astilla". A partir de este juego, un día descubrimos que mi hijo retaba a sus compañeros, se ponía en guardia y, a la voz de "se llama Chito", agredía a sus contrincantes reales o ficticios. Guillermo es, además, muy inteligente, con una mente rápida y ordenada, comprensiva y sintética. Cuando hay necesidad de explicar una opinión, exponer una tesis, discutir un punto de vista, sé que Guillermo va a salir airoso de la empresa. Tengo una confianza ilimitada en sus capacidades intelectuales y en que, con el tiempo, las va a ampliar en extensión y profundidad. Pero es no menos sensible que inteligente. Si la pasión de Enrique es el violín, la de Guillermo es la guitarra. Guiado por la sabia mano de Manuel López Ramos, y formando parte de la feligresía entusiasta del gran Andrés Segovia, mi tercer hijo es ya un guitarrista hecho y derecho. Tiene todo un mundo por conquistar -el mundo de la belleza en sus altos niveles- y la decisión y el empeño de hacerla. Nada hay, pues, que impida la realización de Guillermo como artista.

En mi hijo menor hay, sin embargo, una pugna entre el cerebro y el corazón, la inteligencia y la sensibilidad, la conciencia y el inconsciente. Pugna en la que él se pone, o se ha puesto las más de las veces, de parte del cerebro, la inteligencia y lo consciente en detrimento de "lo irracional". Cuando estalla un conflicto en la familia, cuando Quique exagera los ánimos, cuando alguna de las dos Graciela comete una imprudencia, o, finalmente, cuando su padre lleva a cabo tal o cual error de monta, Guillermo es el único que no se sale de sus casillas, al menos en apariencia. Nos hace un llamado a la cordura, a la calma, a la reconquista del equilibrio. Su poder de convicción es tal que con frecuencia nos ayuda a sortear los malos vientos y a reinstalarnos nuevamente en la paz. Memo ha sido durante años y años el puntal de la armonía un tanto discontinua que ha imperado entre nosotros. Y eso le ha valido la fama de equilibrado y justo, racional y sensato. Pero en todo esto ha tenido que pagar un precio: la invisible inestabilidad espiritual que lo sobrecoge. Memo se ha dado en demasía y no hemos sabido retribuirle como es debido. Mi tercer hijo es consciente, sin embargo, de las razones de su zozobra interior. Y en la actualidad se halla trabajando infatigablemente, con los brazos de su decisión arremangados, para superar sus conflictos. Su vida psíquica es mucho más compleja de lo que he anotado en estas frases escritas a vuela pluma. No puedo pretender abarcar de una ojeada y comprender de golpe la

riqueza de su vida interior; pero algo entreveo, algo he platicado con él, algo nos ha revelado su actuación en el transcurso de los años. Memo es un muchacho con una envidiable capacidad intelectual; pero su razón no se desarrolla en un "páramo de espejos", sino que crece, señora, segura de sí misma, en medio de la naturaleza exuberante de una sensibilidad exquisita.

...

SEIS

El péndulo I

El papel que la tradición occidental atribuye al destino ser una mano invisible que nos conduce inexorablemente a hacer lo que hacemos, lo veo encarnado en la soledad que nos constituye. Como no se trata de una soledad autocomplaciente, una soledad con S mayúscula, sino del precario aislamiento que no puede prescindir de los otros, tal soledad nos impele, querámoslo o no, a asumir determinadas actitudes o a estrenar ciertos comportamientos imprevistos. En 1962, a mi regreso de Morelia, conocí a una joven de 17 años que, sin estar inscrita en la clase de Estética que impartía por entonces en la Preparatoria Nacional, empezó a asistir como oyente a mi cátedra. A lo largo de mi curso empecé a sentir que Maricela no despegaba los ojos del rostro imberbe, las manos inquietas y la silueta flaca y huesuda que constituían mi patrimonio corporal de entonces. Al salir de una de las clases, inició conmigo una de esas conversaciones que terminando en puntos suspensivos exigen ser continuadas en otro momento y otro sitio. Desde entonces casi invariablemente, al término de mi clase, partía con Maricela y nuestra amiga Marta hacia las conversaciones, los parques y las

fantasías de mayor frescura y luminosidad que nos era dable encontrar. El resultado de esta convivencia fue una figura geométrica que escandaliza a los mojigatos y fascina a los perversos: el triángulo. Pero no el triángulo escabroso que se gesta entre las sábanas y la pasión, sino el inocente y recatado de una bella y memorable socialización de besos. Esa incursión a lo desconocido no duró, sin embargo, mucho tiempo. Muy pronto descubrí que mi corazón estaba del lado de la hipotenusa y no sin ciertas dudas y titubeos, Maricela y yo iniciamos una relación amorosa que duraría más de una década. Fueron diez años en extremo conflictivos. Algo así como hallarse encerrados en el laberinto de las ambigüedades, incomprensiones mutuas y perpetuos malentendidos, lo cual no impedía que hubiese, como en efecto hubo, momentos de gran compenetración espiritual y de relación amorosa plena y exultante. Viví el carácter de Maricela como un perpetuo vaivén, un sistemático desplazarse de la luz a la sombra, de la pasión a la indiferencia, del azúcar bienquisto al acíbar desdeñable y desdeño. En un poema mío, llamado "El péndulo", escrito por entonces, tras de aclarar "**que hay que sacar a veces los trapitos al menos a la luna**", muestro cuáles fueron mis vivencias, acciones y reacciones frente a un carácter tan voluble, oscilante y perturbador como el de Maricela. Lo que comenzó siendo un flirteo, una relación amistosa y placentera terminó por transformarse en un amor

grande, doloroso e irrefragable. La interpretación a cuatro manos de una misma tortura. La poesía, que no pocas veces ha cumplido en mí una función liberadora y catártica, me llevó a decir: **"Fue tanto el odio,/ el amor, la amargura/ que en ocasiones llegué hasta eyacular/ esperma venenoso"**. O a definir el tipo de vinculación que manteníamos como **"el beso en la boca que se dan dos espinas"** o, finalmente, como un **"coito de erizos"**. Siento que Maricela actuaba con tal inestabilidad (aludo a sus cambios súbitos y frecuentes) porque su familia, su salud y su edad la empujaban a ello. Estas tres causas generaban en la muchacha una gran inseguridad. Zozobra patológica, temor exacerbado a perder el universo afectivo, tierno y confortable, en que pese a todo habitaba y quería seguir habitando. La inseguridad de preservar lo conquistado, de conservar bajo la almohada o en su cofre de secretos los jirones de paz o los atisbos de dicha que supo desencadenar nuestra relación, la llevó, como ocurre siempre, a dar rienda suelta a su posesividad. Los celos, que siempre son el suspicaz y desconfiado ángel de la guarda de lo que se considera propio, fueron por ella extendidos de las mujeres a los cafés, los libros, la poesía, los parques (a donde he acudido siempre a escribir) y a todas aquellas actividades, sensaciones o pensamientos que podrían distraerme y volcar mi interés a otras voces, otros ámbitos. ¿Por qué, me pregunto hoy en día, no di término lo más pronto posible a una

relación que nos perjudicaba a ambos? ¿Por qué nuestras separaciones, consideradas como definitivas, no lo eran en verdad? Parte de la respuesta a esta pregunta reside desde luego en ella. En su estructura psicológica, en sus necesidades y sus fantasmas. Pero otra parte, y en extremo importante, se halla en mí. Mónica había sido, en el espacio emotivo de mis requerimientos juveniles, la encarnación de la mujer. Pero se me había ido de las manos, se había transfigurado en espectro, humo, memoria torturante. La etapa inmediatamente posterior a la pérdida de Mónica fue mi "temporada en el cáncer" como escribí en algún sitio. Nada más doloroso, pensaba entonces, que extraviar a la persona amada, dejarla ir, cambiarla por la soledad. Este es el estado de ánimo que privó en mí durante años. Era problemático y conflictivo permanecer con Maricela, pero lo era más separarse de ella y entreabrir las puertas del infierno.

Dos de octubre

No pocas veces he pensado que Carlos Marx nos salvó la vida a Maricela y a mí. De las dos lecturas que hice de los tres tomos de El capital, la segunda la llevé a cabo en compañía de Maricela. Casi todas las tardes, en uno de los departamentos de Tlatelolco, leíamos un capítulo, subrayábamos los pasajes medulares, discutíamos el sentido de tal o cual párrafo. El dos de octubre de 1968, al momento de estar leyendo una de las secciones fundamentales de la obra de Marx recuerdo cuál: la de la "Tendencia decreciente de la cuota de ganancia", y de tratar de explicarnos las razones por las cuales dicha tendencia iba acompañada en general por la tendencia creciente de la cuota de plusvalía, etc., levantamos los ojos del libro y nos preguntamos en silencio si debíamos continuar con la lectura o dejarla en el sitio en que nos hallábamos y encaminarnos, como en otras ocasiones, al mitin que en la Plaza de las tres culturas estaba por iniciarse en ese preciso momento. "Sigamos leyendo", le dije. "No conviene interrumpir la lectura del texto en este punto. No nos falta en realidad mucho para terminarlo. No importa que lleguemos un poco tarde al mitin". Y seguimos embebidos en la lectura. En eso estábamos, cuando nos llamó la atención el ruido

de un helicóptero, la aparición de dos o tres luces de colores en el cielo y un ruido que, aunque nos resistiéramos a aceptarlo, no podíamos sino identificarlo con el tableteo genocida de las metralletas. Nos acercamos a las ventanas y percibimos verdaderas oleadas de estudiantes que corrían desaforada y enloquecidamente de un lado para otro. Como el departamento quedaba casi enfrente de la iglesia de Santiago Tlatelolco, logramos advertir asimismo que las escaleras del templo mostraban varios cuerpos de los que no sabíamos decir si eran individuos que se hallaban tratando de protegerse de las balas disparadas al el piso o si estaban heridos o muertos. En el corredor que daba exactamente debajo del departamento en que nos encontrábamos, oímos primero y vimos después a una mujer de mediana edad que caminaba entre dos jóvenes demudados y nerviosos. Gritaba de manera cada vez más angustiada. Con las manos sostenía su vientre. Y cuando la tuvimos frente a nosotros, nos percatamos de que lo que pretendía inútilmente retener era la hemorragia producida en su estómago por las armas de alta potencia que el gobierno diazordacista empleó esa fatídica noche contra el pueblo de México. Detrás de la puerta del departamento oímos un ruido de voces y pasos que subían y bajaban las escaleras. Maricela y yo comprendimos al instante que se trataba de estudiantes que huían de la masacre y solicitaban refugio en alguno de los

departamentos. Abrimos, pues, la puerta y unos 17 o 20 muchachos, jóvenes y nerviosos, pero no pusilánimes y amedrentados, entraron precipitadamente en la casa. Entrecortadamente nos contaron lo que estaba sucediendo en la Plaza, los muertos, los heridos, la histeria, la Cruz Roja, el batallón Olimpia, las contraseñas, la confusión, el qué haremos ahora, la rabia, la desesperación, la impotencia. Uno de ellos sacó una pequeña pistola, casi de juguete. E intentó aproximarse a la ventana. Yo le salí al paso y lo convencí de que no sólo era inútil, contraproducente y riesgoso hacer uso de armas de fuego, sino que lo mejor era que me la entregara para buscarle un buen escondite. Accedió sin pestañar a mi sugerencia y escondí la pistola en el interior de una maceta. Los estudiantes, Maricela, su mamá y yo nos pasamos toda la noche tirados en el suelo, dormitando. No podíamos dormir francamente porque, entre otras razones, no dejábamos de oír muy cerca de nosotros constantes disparos intermitentes y porque tiempo después se reanimó la balacera hasta el nivel no de una fiesta sino de una orgía de las balas. Al día siguiente pude ayudar a salir de Tlatelolco a varios de los estudiantes en mi automóvil, tras de enseñar a los vigilantes mi credencial de maestro y de explicar que los muchachos que me acompañaban eran mis familiares. En mi poema "Aquí, con mis hermanos" hay estos versos:

***¿Cómo olvidar que ayer,
cuando México obtuvo
su medalla en masacres,
tuvo lugar un mitin,
una concentración de niños héroes,
que se volvió de pronto una asamblea
de balas, de quejidos y silencios,
en que al final la sangre solamente
tomaba la palabra?***

Yo he sido siempre enemigo del imperialismo yanqui. También de la burguesía nacional. También del capitalismo. En la época de la represión gubernamental contra el estudiantado, yo me consideraba marxista-leninista. Mi espíritu crítico no había avanzado, como lo haría después, hasta comprender entre los enemigos del proletariado no sólo a los imperialistas y los capitalistas sino a la intelectualidad tecno-burocrática al frente de los llamados países socialistas. En aquel momento, la masacre de Tlatelolco me condujo a la convicción de que debería poner todo lo que estaba de mi parte para coadyuvar al surgimiento del partido marxista-leninista de la clase obrera nacional. Ahora pienso de otra manera. Creo en otras cosas.

Difiero en mi proyecto político. Pero el recuerdo del 2 de octubre es imborrable. Y mi poesía está a tal grado consciente de ello, que a veces dice:

Sé que no debo escribir versos como:

"el dos de octubre de 1968

en el pabellón nacional apareció

un zopilote devorando una serpiente".

Pero soy muy indiscreto.

O también

Qué pretensión:

que en Lecumberri hubiera una crujía

llena de los poemas

que desde el dos de octubre se me ocurren

o asimismo:

Quiero que mi poesía,

Tlatelolco,

se iracunde a dos pies,

Y escribí todo lo anterior porque, a partir del dos de octubre, fue naciendo en mí, poco a poco, el deseo iluso pero bello, utópico pero vital, de:

Que mis versos sean

un golpe de estado contra el orden existente.

EL PÉNDULO II

Maricela y yo mantuvimos una relación afectiva durante alrededor de once años. A partir de cierta fecha, y conscientes de que no congeniábamos en algunos aspectos importantes de la vida, empezamos a tener problemas. Y comenzaron a sucederse, con cierta periodicidad, lo que podríamos llamar rupturas "definitivas", que no eran en realidad sino conflictos cada vez más graves, pero que no terminaban, como lo habíamos declarado o supuesto, en "la separación de los amantes", para decirlo con el título del libro clásico de Igor Caruso. Las rupturas "definitivas", que fueron presentándose a lo largo de los años, presentaban invariablemente esta estructura y estaban inscritas en este proceso: emergencia del conflicto, acaloramiento, discusión irracional, campo de batalla. A continuación, conciencia en los dos de la aparición de algo incurable entre ambos y de la necesidad de irse cada quien por su lado. Afloramiento, pues, del adiós con toda su siniestra corte de los "nuncas", los "jamases", los "ni modo". Poco después, la irrupción en nosotros del espacio y el tiempo indispensables para creer que "habíamos ya roto". Luego, el discurrir del tiempo (a

veces dos o tres meses) hasta el punto en que alguno se sentía presa de inquietud, no soportaba una soledad que parecía espolvorear sal en la herida, y buscaba al otro. Llegué a escribir, por eso, que:

"No dudo

que volvamos a vernos,

que alguno de los dos

a mediados de angustia busque al otro".

Finalmente, la reconciliación. Aquí no pasó nada. Todo se corregirá. Adelante. Pero cada final "definitivo" (que se revelaba en realidad sólo como una estación de tránsito) nos iba acostumbrado poco a poco a la idea, la posibilidad, el estado de ánimo del final irremediable, de la estación terminal de nuestra historia, como la viejecilla del cuento que de cuando en cuando se escondía de su nieto detrás de la puerta o debajo de la mesa para irlo acostumbrando a su desaparición final. ¿Cuál era la razón de que nuestras rupturas "definitivas" no fueran tales? ¿Por qué, con la mutua y clara resolución de dar por terminada la relación, volvíamos siempre a atar los cabos rotos y reanudar la maltrecha hebra de nuestra relación? La respuesta es simple. Se debía al hecho de que la necesidad que sentíamos el uno por el otro era mayor que el conflicto, la unidad en la contradicción

superaba aún a la contradicción en la unidad. En lo que a mí se refiere, todavía conservaba a flor de piel mi separación con Mónica, mi temporada en el cáncer, los meses y hasta años de llevar la carne viva a la intemperie. Y eso me hacía retroceder y buscar la reconciliación a toda costa. Pero el final definitivo, doloroso, ulcerante y sin comillas, llegó de manera forzosa e inexorable. Fue el momento en que, dirigiéndome a ella, dije:

"Sin volver la mirada,

te fuiste lentamente,

enfermando de cáncer el espacio.

De reojo logré verte por último

escupiendo las letras de mi nombre".

Maricela y yo dimos por rota nuestra relación, como dije, en multitud de ocasiones. Ella se quejaba de que no la quería o, quizás, de que no sabía expresarle mi amor. Me sentía frío, distante, transitando por todas las fases de la indiferencia. Era extremadamente celosa y, por así decirlo, pretendía expropiarme todas las garantías individuales con la mano en la cintura.

Yo, por mi lado, no soportaba, o cada vez soportaba menos, la fiscalización de mi tiempo y el encogimiento de mi espacio. Era tan celoso como ella, si no que más, y no admitía sino a regañadientes sus exigencias, arbitrariedades, oscilaciones. Basada en esta contradicción latente, nuestra vinculación amorosa mostraba, como el capitalismo, no sólo una serie de crisis cíclicas sino lo que podría denominarse la crisis general y permanente de la relación.